402:1

LOS GALEOTES

COMEDIA EN CUATRO ACTOS

DE

SERAFÍN Y JOAQUÍN ALVAREZ QUINTERO

Premiada por la Real Academia Española

Estrenado en el TEATRO DE LA COMEDIA el 20 de Octubre de 1900

CUARTA EDICIÓN

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1911

860.82
Sp24
v.402
REMOTE STORAGE
9-6-1

A la sagrada memoria

DEL SEÑOR

Don Joaquín Alvarez Hazañas

Sus hijos,

Serafín y Joaquín.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CARITA	Sra. Pino.
GLORIA	Srta. Catalá.
CATALINA	Sra. Rodríguez.
LA SEÑÁ PEPA	Domínguez.
LA RICITOS	Srta. Tejada.
LA SEÑORA GERVASIA	Hornero.
MANUELA	Mendizábal.
DON MIGUEL	Sr. Vallés.
DON MOISÉS	Rubio.
MARIO	García Ortega.
JEREMÍAS	La Riva.
PEDRITO	Mendiguchía.
VICTORIANO	Mora.
EL MEMBRILLO	Martínez.
EL OJERAS	Valle.
UN ESTUDIANTE	Srta. Bitttini.
OTRO	N. N.

ACTO PRIMERO

Librería de viejo de don Miguel, en Madrid. Local de poco fondo. A la derecha del actor un hueco de puerta con cortina de lienzo, que conduce á la trastienda y á las habitaciones interiores de la casa. En el foro, á la izquierda, puerta vidriera que da á la calle, y que al abrirse y cerrarse hace sonar un timbre: á la derecha, el escaparate de la librería. Las paredes llenas hasta el techo de anaquelerías con libros de todos tamaños y clases. A la izquierda de la puerta de entrada, y paralelo á la pared del mismo lado del actor, un mostrador que llega al primer término, y cuyo extremo opuesto, cerrado por una barandilla de madera, sirve de escritorio. Colgado entre el escaparate y la puerta de entrada un cartel que dice: «Compra y venta de libros usados». Delante una mesa y un sillón viejo de gutapercha, que ocupa Jeremías. Hacia la derecha de la escena, una tarima con brasero. Junto á ella un sillón, grande y cómodo, y una silla de enea. En el suelo, donde menos estorben y arrimadas á la anaquelería, pilas de libros, colecciones de periódicos ilustrados, etc., etc. En un rincón, una escalerilla de mano. Sobre la mesa de Jeremías está Rodríguez en su jaula. Rodríguez es un loro. Es de día. A través del escaparate y de la puerta del foro se ve la calle, solitaria y sombría.

—

DON MIGUEL, sentado en el sillón inmediato al brasero, lee el «Quijote». Viste traje negro de americana, capa vieja y gorra, y usa quevedos, que se pone en la punta de la nariz. Es hombre de unos cincuenta y tantos años. JEREMÍAS, algo más viejo que él, aparece

sentado á su mesa de frente al público. En la mesa no hay libro, papel, tintero ni pluma: nada que revele el menor quebradero de cabeza. Nuestro hombre se entretiene en chocar por las yemas, voltear y enredar los dedos de ambas manos en todas las formas y combinaciones imaginables. Usa gafas de armazón gruesa y fuerte, gorro calado hasta las orejas, manguitos (sin justificación) y traje oscuro y raído de chaqué del año de la nana.

Don Miguel. Leyendo en voz alta. *Después que don Quijote hubo bien satisfecho su estómago tomó un puño de bellotas en la mano, y mirándolas atentamente soltó la voz á semejantes razones...* A Jeremías, que está canturreando algo de «La canción de la Lola». Hombre, atiende á esto y no seas botarate. Jeremías no le hace caso. Don Miguel continúa leyendo. *Dichosa edad y siglos dichosos aquellos á quien los antiguos pusieron nombre de dorados; y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de «tuyo» y «mío». Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes, á nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano, y alcanzarle de las robustas encinas que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes ríos en magnífica abundancia sabrosas y trasparentes aguas les ofrecían. En las quiebras de las peñas y en lo hueco de los árboles formaban sus repúblicas las solícitas y discretas abejas, ofreciendo á cualquiera mano sin interés alguno la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques...* Sale CARITA, que viene de la calle. Don Miguel se vuelve al oir el timbre de la puerta. ¿Quién?

Carita. Buenos días.

Habla con voz desmayada. Cubren pobre y malamente su cabeza bonita y su cuerpo gracioso, toquilla celeste de pelo de cabra, abriguito corto y falda lisa.

Don Miguel. Buenos días, joven. ¿Qué traemos?

Carita. Mire usted esto, á ver... Le da un libro pequeño en deplorable estado.

Jeremías. Atento á sus combinaciones de dedos, pero queriendo influir en el lance con sus pullas, que dice siempre en tono sentencioso. Se compra mucho y no se vende nada.

Don Miguel. Examinando el libro. Método de Ahn...

Jeremías. Ocho hay.

Carita. Es de inglés éste.

Jeremías. De inglés hay nueve.

Carita. Vaya por Dios...

Don Miguel. Lo peor es el estado en que está.

Jeremías. No tomamos más que basura.

Don Miguel. ¿Y la clave?

Carita. ¿La clave?... No sé de ella... A mí no me han dado más que esto...

Don Miguel. Hija, pues bien quisiera; pero sin la clave...

Carita. ¿Sin la clave no le conviene?

Don Miguel. No, hija, no puedo.

Carita. Va á irse y vuelve. Le advierto á usted que lo dejo por cualquier cosa... por lo que usted me dé...

Don Miguel. Ablandándose un punto, pero conteniendo su arranque generoso ante un gruñido de Jeremías. El caso es que tenemos tantas... Y luego, sin la clave... Lo siento mucho, pero me es imposible...

Carita. Bueno; usted dispense. Queden con Dios.

Don Miguel. Adiós.

Carita. Yéndose. No sé por dónde vamos á salir hoy. Deja la puerta abierta.

Don Miguel. ¡Pobre muchacha! Volviendo á su lectura. *...la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques...*

Jeremías. ¡Valiente alcornoque estás tú!

Don Miguel. Déjame en paz. Leyendo. *Los valientes alcornoques...*

Jeremías. Ahora va por la clave, y viene con ella y se la tienes que comprar.

Don Miguel. Mejor.

Jeremías. Ah, si es mejor, te felicito. Llegándose á la puerta y cerrándola. Lo que lamento es que esa niña no se haya educado con los frailes. Vuelve á su sillón.

Don Miguel. Leyendo. *Los valientes alcornoques despedían de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas...*

Viene CATALINA del interior de la casa. Es criada antigua de la de don Miguel, andaluza tirando á gitana, muy vieja y en extremo cariñosa y solícita. Sale en traje de faena: falda y blusa de percal oscuro, delantal oscuro también y toquilla grande de lana negra, cruzada por el pecho y sujeta á la cintura.

Catalina. Escúcheme usté, don Migué: ¿va usté á vení ayá dentro á tomá er chocolate, ó quié usté que ze lo traiga aquí?

Don Miguel. No; voy allá dentro.

Catalina. Zi quié usté que ze lo traiga, ze lo traigo.

Don Miguel. No, mujer, no.

Catalina. Miste que no me cuesta trabajo ninguno.

Don Miguel. ¡Dale!

Catalina. ¿Y la niña, ha zalío?

Don Miguel. Sí, creo que ha ido á misa con la señora Gervasia.

Catalina. Ay, por Dios, don Migué—er Patriarca me perdone er mar penzamiento,—miste que eza zeñá Gervazia no me paece güena mujé pa acompañá á la niña.

Don Miguel. Quita allá, tonta, si es una infeliz.

Jeremías. ¡Fíate del agua mansa!...

Catalina. Ya usté ve que yo no vi á echarme na en er borziyo... Zi ze lo digo á usté ze lo digo por lo que ze lo digo... ¿Usté va á dezayunarze, don Jeremías? Jeremías no contesta. Don Jeremías, ¿va usté á dezayunarze?

Jeremías. ¡No!

Don Miguel. Levantándose y riéndose. Todavía no ha tomado el *vermut.* ¡Je, je, je! Deja el «Quijote» en el escritorio.

Jeremías. Mira, si lo dices por el aguardiente, te equivocas.

Don Miguel. Ah, ¿lo has tomado ya?

Jeremías. ¡Ni lo tomo! Cabalmente hace un siglo que no lo cato.

Don Miguel. Sí, sí; no hay más que verte las narices... Recuerdan las de Tomé Cecial.

Catalina. Ay, don Jeremías, eza zí que es la pura; ze le están poniendo á usté las narices que paece que yevan una luz por dentro: como los faroliyos á la veneciana.

Don Miguel. ¡Je, je, je!

Jeremías. ¡Ríele el chiste, hombre!

Catalina. Por la Virgen der Carmen, no ze me enfade usté; pero no beba usté aguardiente. Miste que el aguardiente fué la perdición de mi Diego. Murió de treinta años lo mismito que un chicharrón. ¡Qué doló de hombre!

Don Miguel. Bueno, tú, deja la palabra y vente á darme el chocolate.

Catalina. ¿Y Pedrito?

Don Miguel. Lo he mandado á la calle de la Ventosa.

Catalina. A la caza, ¿eh?

Don Miguel. Sí; vamos á ver si cobra algunos alquileres de los rezagados. Ocho ó diez ciudadanos no quieren pagar...

Catalina. ¡Ay, qué doló de caza, entregá á eza gente! ¡Zi viviera doña Lorenza!... Eya zí que zabía ponerze er mantón y er velo—¿ze acuerda usté?—y plantarze ayí, y cobrá pezeta zobre pezeta á to er mundo. Pero el arma mía de Pedrito, como es tan güeno, no zirve pa ezos pazos: yega, ve muchas lástimas, mucha mizeria, mu poco dinero, ze le encoge er corazón, ze apoca... y ze güerve lo mismo que ze fué: con el borzo vacío.

Don Miguel. Sin embargo, hoy espero yo que nos traiga...

Jeremías. ¡Hoy vendrá sin un cuarto!

Don Miguel. Pero, hombre, ¿por qué?

Jeremías. ¡Vendrá sin un cuarto!

Don Miguel. Pero, ¿quieres darme una razón siquiera?

Jeremías. ¡Sin un cuarto!

Don Miguel. ¡Bueno va! Mira, cuando te pones así, me me me... Vámonos, Catalina, vámonos, porque me me me... (¡Y lo malo es que acierta siempre!) Se va al interior.

Catalina. Siguiéndolo. ¡Jozú, Jozú! ¡qué doló de caza esta! Ayí no ze cobra, aquí no ze vende... y er pan zube, y er vino zube, y la carne zube, y to zube... ¡Jozú, Jozú, Jozú!...

Jeremías. Dice... *son pláticas de familia,* dice, *de las que nunca hice caso.* Al loro, en tono jovial. Vamos á ver, Rodríguez: de ti para mí, y con toda franqueza, ¿eh? Como nos tratamos nosotros. Nada de cumplimientos, ni de pamemas, ni de... Nada, nada: al pan, pan, y al vino, vino: ¿qué opinas tú de que yo me tome ahí enfrente una copita de Monóvar? ¿Eh? Te sonríes... No esperaba yo menos. Esa sonrisa me autoriza para dos *latigazos.* Rodríguez, tú eres de mi cuerda: choca ahí. Hace que le da la mano y se levanta. Gracias por tu beneplácito, y cuenta que te corresponderé con chocolate. Va á irse y vuelve. Oye, y chitón; que parece que no está bien visto... A GLORIA, la SEÑORA GERVASIA y MANUELA, que llegan á tiempo que él abre la puerta de la calle, para ir á complacer al loro. ¡Hola! ¿ya por aquí? ¡El don de la oportunidad anda caro! ¡Pero, hija, eso no habrá sido un sermón; eso habrá sido un chascarrillo!

Gloria. Si hoy no ha habido sermón.

Manuela. Usted no piensa más que en sermones.

Señora Gervasia. ¿Qué sabes tú en lo que piensa él?

Vaya, ahí queda la chica. Nosotras seguimos para casa. ¿Quiere usted algo?

Jeremías. Nada, señora mía. (Que la parta á usted un rayo cuanto antes.)

Señora Gervasia. Pues hasta luego. Se va con Manuela.

Gloria. Adiós.

Jeremías. Asomándose á la puerta y gritando. ¡Muchas expresiones á su señor esposo!

Gloria. ¡Tío Jeremías, por Dios; si su esposo no vive!...

Jeremías. ¡Ah, caray! Voy á rectificar. Estáte aquí un momento. Se va.

Gloria viste traje negro muy sencillo, velito y capa.

Gloria. Mientras se quita la capa y el velo. No es mala rectificación la tuya... Y lo dejan solo, sabiendo cómo las gasta. Si no llego á tiempo... ¿Dónde estará mi padre? ¿Y Pedrito? ¡Válgame el Señor, en qué abandono tenemos la tienda!... Sentándose junto al brasero. Y es que papá el pobre no sirve para este teje maneje... Ni yo tampoco. Y el buenazo de Pedrito es un cero á la izquierda. Mi tío Jeremías más vale que no esté: si algo hace, es ahuyentar á los parroquianos... ¡Ay, Dios mío de mi alma! Cada día notamos más la falta de mi madre.

Llega CARITA de la calle con el método de Ahn y la clave de temas en la mano.

Carita. Muy buenos días. Observando la ausencia de Jeremías. (Me alegro de que no esté aquí el *pajarraco*.)

Gloria. Hola, muy buenos días.

Carita. ¿Sigue usted bien? Ya he tenido el gusto de ver tan bueno á su papá...

Gloria. ¿Ha estado usted aquí antes?

Carita. Sí, señora; vine con esta gramática inglesa á ver si servía. Pero me dijo su papá de usted que no podía tomarla sin la clave de temas. He ido á casa, me he puesto á revolver papeles y trastos, y en un mon

tón de cosas inútiles, vea usted, la he encontrado. Donde menos se piensa... Mírela usted.

La charla de Carita es ingenua, espontánea, algo infantil, sin el menor asomo de afectación ni pedantería.

Gloria. Llamaré á papá.

Carita. Sentiría molestarlo.

Gloria. No. Llamando desde la puerta que comunica con el interior de la casa. ¡Papá! ¡Papá! Ya viene.

Carita. Ay, muchísimas gracias.

Gloria. Siéntese usted un momento. Y arrímese al brasero, si quiere, que hace una mañana muy fresca.

Carita. Sentándose. Con permiso de usted. La verdad es que da gloria venir á esta casa.

Gloria. Usted viene con bastante frecuencia.

Carita. Por desgracia es así—aparte el gusto que me proporciona el ver á ustedes. Lo digo de verdad. Crea usted que en algunos sitios la reciben á una con unas caras... ¿Usted no se sienta?

Gloria. No.

Carita. Pero lo que es aquí, es una bendición del cielo. Su papá de usted es tan amable, tan considerado... Tiene cara de ser muy buen señor. A mí me recuerda mucho al mío, cada vez que lo veo. Hasta en la costumbre de usar capa en casa se le parece... Coincidencias, que son las que engendran las simpatías. Como digo una cosa digo otra, porque yo soy muy franca: á ninguno de mi familia me recuerda ese otro señor de las gafas y el gorro que se sienta ahí. ¿Es pariente de usted ese caballero?

Gloria. Hermano de mi madre, que en gloria esté. (Me encanta la charla de esta chica.) Se sienta en el sillón de don Miguel.

Carita. ¿Hace mucho que perdió usted á su madre?

Gloria. Cerca de año y medio.

Carita. Suspirando. ¡Ay! á qué pruebas nos somete la vida. Yo perdí á mi papá cuando tenía ocho años...

Cuando los tenía yo, como usted comprende... Y á la pobrecita de mi mamá no la he conocido: esa sí que es tristeza. No tengo de ella más que un perfil, recortado en un papel á la luz. Algún día he de traerlo para que usted lo vea. Nunca se quiso retratar. Le daban miedo los retratos... creía que iba á morirse... Rarezas, debilidades que tenemos todos y que se deben respetar. ¿Quién está libre de ellas? Mire usted: sin ir más lejos, una buena señora que vive en mi casa tiene el capricho de lavarse la cara y las manos con agua de Seltz...

Gloria. ¡Jesús, qué extravagancia!

Carita. Eso digo yo, pero no lo critico. Cada uno que se lave con lo que quiera. Mucho peor sería que no se lavase. Porque para mí la limpieza es lo primero. En teniendo salud, una pastilla de jabón y agua clara á mano, vengan penas. ¿Querrá usted creer que yo no tengo más que unas enaguas blancas? Bueno, pues mírelas usted. Alzándose las faldas y mostrándolas. Como la nieve las llevo siempre. Y soy más pobre que una escoba. Y esto no es alabarme, porque una debe alabarse, en todo caso, de lo que se deba á sí misma; pero la limpieza es cosa de la educación; y á mí la educación me la dió muy buena mi papá el pobrecito en los ocho años que tuve la suerte de que me viviera. Hay quien cree que la educación no consiste más que en «¿Cómo está usted?» «Bien, ¿y usted?» «¿La familia buena?» «A los pies de usted» «Beso á usted la mano» y «*Au revoir*». Y es algo más que eso. Yo lo primero en que me fijo cuando conozco á una persona es en la educación y en la dentadura. Dígame usted, antes que se me olvide, ¿usted es madrileña?

Gloria. Por los cuatro costados.

Carita. Yo también; pero por un costado nada más. Verá usted por lo que digo esto: yo nací en Sevilla, y me bauticé—bueno, me bautizaron, porque yo no había de bautizarme—en San Isidoro, patrón de la ciudad,

como usted sabrá seguramente. A los cuatro días de nacida me trasladaron á Madrid, donde he vivido desde entonces y de donde me considero en realidad. Sería una ridiculez qué yo dijese que soy andaluza. Mamá sí lo era; mamá era de Palos de Moguer, provincia de Huelva. De allí salió Cristóbal Colón para descubrir el Nuevo Mundo. En cambio, papá era de Quel, provincia de Logroño; paisano de Bretón de los Herreros. Mi abuelita paterna era de Alcolea; usted habrá oído nombrar el Puente de Alcolea. Y mi abuelito de Grajanejos, provincia de Guadalajara. De mis abuelos por parte de madre nunca he tenido noticias. Sí sé que él era republicano y ella beata, y armaban unas trifulcas muy grandes, pero nada más. ¿Y usted, no dice nada?

Gloria. Estoy entretenida oyéndola á usted.

Carita. La verdad es que no la dejo á usted meter baza. ¿Me hace usted el favor de decirme su nombre?

Gloria. Gloria, para servir á usted.

Carita. Gloria, ¡qué bonito! El mío es Caridad, pero todos me dicen Carita. Carita para arriba, Carita para abajo... ¿Su papá de usted se llama Cirilo?

Gloria. Miguel, Miguel. Por cierto que no sé lo que hace.

Carita. Andará ocupado. ¿Qué hora será ya, sabe usted?

Gloria. ¿Tiene usted prisa? Deben de ser las nueve y media. Deje usted, voy á llamarle. Se levanta.

Carita. No, no; si no lo he preguntado por eso...

Gloria. De todos modos... ¡Papá! Vase al interior.

Llega JEREMÍAS de vuelta de su visita á la taberna frotándose las manos de gusto.

Jeremías. ¡Bah! Es tontera; no hay mejor remedio contra el frío.

Carita. Levantándose. (¡Dios mío de mi vida! Ya está aquí el dichoso *pajarraco.)*

Jeremías. Tornando á su sillón. (La niña de marras.

Apuesto cualquier cosa á que trae la clave de temas.) Al loro. Miserias de la vida, Rodríguez. No te ocupes tú de eso. A ver qué te parece el que me han dado hoy. Le echa el aliento al loro. ¡Creo que se puede beber! Reanuda sus combinaciones de dedos.

Salen DON MIGUEL y GLORIA.

Don Miguel. Hola, joven. ¿Otra vez aquí?

Carita. Sí, señor. He tenido la fortuna de encontrar la clave...

Don Miguel. ¡Ah, caramba! ¿Encontró usted la clave?

Jeremías. Subrayando con el canticio su acierto.

Con el capotín, tín, tín, tín,
que esta noche va á llover...

Don Miguel. (Ya está aquél con la musiquita.) Bueno; pues hija... por esto no le puedo dar más de una peseta.

Carita. Corriente... ¿qué le vamos á hacer? Buscaremos por otro lado... Ya ve usted, necesito comprar una medicina que cuesta seis reales...

Gloria. ¿Tiene usted enfermos en casa?

Carita. Mi hermano Mario, y probablemente será una pulmonía.

Gloria. ¡Vaya por Dios!

Jeremías. ¡Nos las tragamos como el puño, Rodríguez!

Carita. He dicho mi hermano y no es mi hermano; pero al fin, como á hermano lo trato, ¿sabe usted?

Don Miguel. Ea, pues tome usted los seis reales... Que no quede por mí.

Carita. Ay, no sabe usted cuánto se lo agradezco.

Jeremías. ¡Vamos allá!

Gloria. ¿Qué gruñe usted, tío?

Jeremías. ¡Nada!

Don Miguel. A Gloria. Déjalo, mujer. El mejor día se

va á encontrar con un diccionario en la cabeza. Bueno, joven; celebraré que no sea nada lo del hermano.

Carita. Mil gracias. Ya le digo á usted que no es mi hermano.

Don Miguel. Bien, es igual.

Carita. Es hijo de un señor, que es como si fuera mi propio padre. Porque cuando mi padre pasó á mejor vida, este señor de Galeote me recogió en su casa, y con él y con sus hijos vivo desde entonces. Suspirando con pena. ¡Ay, Dios mío de mi alma!

Don Miguel. ¿Galeote ha dicho usted? Un compañero Galeote tuve yo...

Carita. ¿En dónde?

Jeremías. En galeras, sería.

Don Miguel. Hombre, no seas necio. En la Administración de Hacienda de Córdoba. Por supuesto, de esto hace ya... ¡friolera! Aún no había usted venido al mundo.

Carita. Pues oiga usted, este señor también ha sido empleado.

Don Miguel. Mi compañero se llamaba Moisés Galeote.

Carita. ¡Moisés Galeote! ¡El mismo! ¡Mire usted que es casualidad! Mi padrino mismo. Don Moisés Galeote y Chorro.

Don Miguel. Justamente. Pues lo más salado del lance es que anoche soñé yo con Moisés. Una de tonterías... ¡qué sé yo!

Carita. Es muy particular lo que sucede con los sueños.

Jeremías. ¡Muy particular!

Carita. Calderón decía que sueños son, pero á pesar de Calderón, en muchas ocasiones se acierta. Cuántas veces se dice: esta noche he soñado con Fulano... ¿Se acuerdan ustedes de Fulano?... Hombre, ¿qué habrá sido de Fulano, aquel que se fué á América?... Y de

pronto, ¡pun! Fulano. ¿No es verdad que ocurre? Yo como sueño tantísimo... Rara es la noche que no sueño. La otra noche soñé que me quedaba muda, y si vieran ustedes con qué angustia tan grande me desperté...

Jeremías. Lo creo.

Carita. ¿Qué dice usted?

Jeremías. ¡Que ha tenido ya tiempo de morirse el hermano de la pulmonía!

Gloria. Sí, sí, vaya usted pronto.

Carita. Ay, es verdad. Me domina el vicio de la conversación. Ustedes perdonen. Hasta otro ratito... Y tantísimas gracias por sus bondades...

Gloria. Que se alivie el enfermo, ¿eh?

Carita. Gracias.

Don Miguel. Y muchos recuerdos á Galeote.

Carita. De su parte de usted, don Cirilo. Se alegrará muy de veras de saber de usted. ¿Qué botica es mejor: esta de la esquina ó la de la vuelta de la calle?

Jeremías. ¡Que se va á morir ese hombre!

Carita. ¡No me lo diga usted!... ¡Pícara charla!... Ay, hasta ahora no me había yo fijado en el loro... Lorito real, para España y no para Portugal... Vaya, que ustedes sigan bien. Se va á la calle apresuradamente.

Don Miguel. Riéndose. El enfermo lo que tendrá será jaqueca... Digo yo. Voy á anotar la compra. Va al escritorio y lo hace, mientras habla con Gloria y Jeremías.

Gloria. Es muy simpática esa muchacha, ¿verdad?

Don Miguel. Sí, pero habla demasiado, hija mía.

Jeremías. ¡El que habla demasiado eres tú!

Don Miguel. ¿Yo? ¿Por qué?

Jeremías. Porque antes de cinco minutos tienes aquí á Galeote á darte un sablazo.

Don Miguel. ¡Vamos, hombre!

Jeremías. Antes de cinco minutos...

Gloria. ¡Siempre pensando mal!

Jeremías. Tienes aquí á Galeote...

Don Miguel. ¡Ya lo hemos oído!

Jeremías. A darte un sablazo.

Don Miguel. ¿Sí, eh? Pues te advierto que como aciertes y me cantes el *Capotín, tín, tín, tín,* vamos á venir á las manos. ¡Es mucha impertinencia!

Gloria. Tiene razón papá: sabiendo usted que le mortifica...

Jeremías. Levantándose y yéndose por la puerta que da al interior. Dice, *me hacéis «de» reir, don Gonzalo,* dice, *pues venirme á provocar...*

Aparecen en la calle y se detienen á mirar el escaparate de la librería dos ESTUDIANTES. Tras breve disputa entra uno de ellos en el establecimiento, según se indica más abajo.

Gloria. Hay que armarse de paciencia con el tío.

Don Miguel. Cuéntamelo á mí, que estoy aguantando sus pullas desde que me casé.

Gloria. Y luego, si sirviera de algo...

El ESTUDIANTE es un mocito de unos quince abriles. Viene muy decidido, fumando un pitillo y tarareando un canto popular. Al reparar en Gloria se corta un poco.

Estudiante. Muy buenos días.

Don Miguel. Muy buenos. ¿Qué desea usted?

Estudiante. A don Miguel, al oído. ¿Tiene usted *Las...?*

Don Miguel. Mirándolo de arriba abajo. No, señor, no.

Estudiante. ¿No?

Don Miguel. No.

Estudiante. Lo mismo que antes. ¿Y *Los...?*

Don Miguel. Tampoco.

Estudiante. ¿Tampoco?

Don Miguel. Tampoco.

Estudiante. ¿Y...?

Don Miguel. Sin dejarlo acabar. Tampoco: no se moleste usted.

Estudiante. Usted dispense... (¡Vaya una librería!) Se va.

Don Miguel. Adiós, caballero. ¡Está buena la juventud dorada!

Gloria. ¿Por qué ha venido ese chico, papá?

Don Miguel. ¿Ese? Por un libro de texto.

Jeremías. Volviendo á salir. Gloria: Catalina te necesita.

Gloria. ¿A mí?

Jeremías. Está sobre el tapete un plato del almuerzo de hoy. Que si huevos fritos, que si tortilla...

Gloria. Voy allá, voy allá.

Jeremías. Habrá huevos fritos, en la seguridad de que á mí me molestan.

Gloria. Pues pondremos tortilla.

Don Miguel. ¡No! ¡Huevos fritos!

Jeremías. ¡Ya, ya lo he dicho yo! Se sienta á su mesa.

Gloria. ¡Qué demonio de hombre! Se va al interior, llevándose su velo y su capa.

Jeremías. Al loro. Oído, Rodríguez. Vamos á dar la lección.

Loro. Dame chocolate.

Jeremías. ¿Chocolate, eh? No, señor. Hay que alternar los placeres con el estudio.

Loro. Dame chocolate.

Jeremías. Fíjate bien, que estás muy torpe: «¡No te tires, Reverte!» ¿Lo has oído? «¡No te tires, Reverte!» «No-te-tires-Reverte.» A ver si te lo estudias: «No-te-tires-Reverte.»

Don Miguel. Pero, hombre, qué cosas le enseñas al loro. «¡La mare e Dios!» «¡Pa mí que nieva!» «¡No te tires, Reverte!»

Jeremías. ¡El otro! ¿Pues qué le voy á enseñar, majadero? ¿el discurso sobre las armas y las letras?

Don Miguel. ¡Anda y que te emplumen! A PEDRITO, que llega en este momento de la calle, mustio como un lirio tronchado. Hola, Pedrito.

Pedrito. Hola, don Miguel.

Pedrito viste como cualquier escribiente de poco sueldo.

Don Miguel. ¿Vienes de la casa?

Pedrito. Sí, señor.

Don Miguel. ¿Y qué hay?

Pedrito. Que no traigo un cuarto.

Jeremías. Cantando.

Con el capotín, tín, tín, tín,
que esta noche va á llover...

Don Miguel. ¿Otra te pego? ¿Cómo voy á decirte que me molesta...? Pero ven acá, Pedrito de mis culpas: explícame... ¿No te parece á ti que ya es un abuso...?

Pedrito. Oigame usted, don Miguel de mi corazón.

Don Miguel. Habla.

Pedrito. A mí puede usted redoblarme el trabajo en la librería, ponerme horas extraordinarias, mandarme con un baúl á la estación, si es preciso, engancharme á un carro, si fuese menester, todo lo que usted quiera; pero por la gloria de sus difuntos, no vuelva usted á encomendarme el cobro de los alquileres.

Don Miguel. Chico, me gusta la salida. ¿Quieres que me encasquete yo el sombrero y coja los recibos y vaya por ti? ¡Pues hombre!

Pedrito. Es que usted no sabe lo que yo sufro. Y luego, ya ve usted, siempre me vengo con las manos en los bolsillos.

Don Miguel. Ahí tienes lo que yo no acabo de comprender. Porque buena está la falta de carácter, la delicadeza... hasta la compasión, si se quiere, pero... Vamos á ver: ¿qué te ha dicho el sacristán del 5? Ocho meses debe.

Pedrito. Pues me ha dicho que no cree en Dios desde que lo echaron de la Parroquia.

Don Miguel. ¿Y eso qué significa? ¿Por qué no paga?

Pedrito. Porque confiesa que si antes pagaba era sólo por temor de Dios, pero que ahora que no cree, que le entren moscas.

Don Miguel. ¿Habrá descaro igual?

Pedrito. Pues la del 15 también es de oro y pedrería, no crea usted. Dice que no da un céntimo mientras no se le ponga otra chimenea.

Don Miguel. ¡Caray con la mujer! El mes pasado que ladrillos nuevos, el anterior que zócalo, ahora que chimenea... Oye, ¿y el del 23, que debe ya cerca de un año?

Pedrito. ¿Cuál? ¿ese á quien le llaman el *Tuétanos?* Ese es un animal de bellotas. Imagine usted que á tiempo de ir yo á empujar la puerta del cuarto, oí como rumor de gritos y bofetadas, y clara y distinta la voz del *Tuétanos,* que decía poco más ó menos: «¡Grandísima...—bueno, aquí un adjetivo fuerte; bastante fuerte —al primer tío ladrón que vea yo entrar por esa puerta, le doy dos patás en las mandíbulas!»

Jeremías. ¿Y entraste?

Pedrito. ¡Un demonio!

Don Miguel. Pues, hijo, unos por fas y otros por nefas... el resultado...

Jeremías. Por fas es que no hay vergüenza en la reunión... y por nefas lo mismo.

Pedrito. Luego, esta es otra: Perico el del 14 se ha caído desde un andamio... y tiene cuatro criaturitas... la mayor así... y hay que ver aquel cuadro... ¿y quién presenta allí el recibo?... Los chicos herreros del 31 están sin trabajo desde hace quince días. Esos son buena gente, ¿sabe usted? Poco menos que se me hincaron de rodillas... usted calcule... ¿Quién es capaz de presentarles el recibo? Al ciego del 13 se le ha muerto la perra que lo acompañaba... y es un dolor oir al pobre viejo... ¿Cómo se le presenta el recibo? El armero del 24 me recibió apuntándome con una escopeta de dos cañones... ¿Usted cree que yo presento allí el recibo?... En fin, así todos.

Don Miguel. ¡Pues estamos frescos! Vaya por Dios, hombre, vaya por Dios...

Jeremías. Con lamentos es como no se adelanta nada.

Don Miguel. ¿Le parece á usted? Tú dirás, hombre, tú dirás lo que hacemos. Habla: expón tus planes redentores. Y si no, escríbeme tus consejos en un papel, como Don Quijote á Sancho cuando se fué á gobernar la ínsula.

Jeremías. Si mi hermana levantara la cabeza...

Don Miguel. Cállate, Jeremías. Calla, por Dios, que me traes á la memoria dos amarguras: la de que ella falta, y la de que yo no sé sustituirla. ¿Me vas á enseñar á mí que á su inteligencia, á su actividad, le debo yo el bienestar de que disfruto, los ochavos que tengo, tú el pan que comes, éste lo que cobra, mi hija lo que sabe?... ¿Me lo vas á enseñar á mí? Pero ¿es mía la culpa de haber nacido tonto de capirote, vamos á ver? ¿Cómo he de remediar yo al cabo de mis años el no entender lo que son negocios, ni lo que es la gente, ni lo que es la vida?

Jeremías. Ese lenguaje es inverosímil en un casero.

Se levanta.

Don Miguel. Bueno, sí; bien está... Ya veremos lo que se ha de hacer. Vosotros también sois para el avío. Tú, Pedrito, ten la bondad de tomar con más fuego las cosas de la casa y más en frío el estudio de esos dramas y comedias que has dado en representar de algún tiempo á esta parte. Mira que está la librería manga por hombro... Es una compasión.

Pedrito. Descuide usted: en lo que de mí dependa yo he de procurar... Sentiría que usted creyera que no me intereso...

Don Miguel. ¿Cómo he de creer, si te conozco demasiado...?

Pedrito. Le juro á usted que para mí las cosas de ustedes...

Don Miguel. Sí, hombre, sí; no vayas á llorar. ¡Era lo único que nos faltaba!

DON MOISÉS, que momentos antes de salir aparece detrás del escaparate y desde allí mira al interior de la librería para cerciorarse de que es la de don Miguel, se cuela de rondón y cae sin que Dios lo remedie sobre Jeremías, que á la sazón se calienta al brasero, y al cual abraza muy estrechamente con muestras de la más viva emoción. El pelaje de don Moisés es de lo más sobrio: zapatos de lona, muy viejos; pantalón de color indefinible; gabán de entretiempo abrochado y con el cuello en pie, y sombrero de paja, muy tostado del sol y con las alas caídas en forma de pantalla. El pantalón y el gabán en ese lastimoso estado en que ya no los toman en las casas de préstamos.

Don Moisés. ¡Ah!

Jeremías. ¡Eh! ¡hombre!

Don Miguel. ¿Quién es este loco?

Jeremías. ¡Que me tritura usted, compadre!

Don Moisés. ¡Miguel! ¡Miguel!

Jeremías. ¿Qué Miguel? Si yo no soy Miguel.

Don Miguel. Si Miguel soy yo...

Don Moisés. ¡Ah! ¡tú! ¡Miguel!

Don Miguel. Reconociéndolo. ¡Galeote! Se abrazan fuertemente.

Jeremías. ¡Galeote! Cantando.

Con el capotín, tín, tín, tín,
que esta noche va á llover...

Pedrito. (Debe de ser amistad muy antigua.)

Don Miguel. Chico, cuánto me alegro; la verdad es que no te esperaba.

Jeremías. Yo sí.

Don Moisés. ¡Quita allá por Dios! Me ha faltado tiempo... A Pedrito. ¡Ven á mis brazos tú! Y permíteme que te tutee... Lo abraza. ¡Tienes toda la cara de tu padre! A don Miguel. Eres tú mismo, cuando estábamos allá en Córdoba...

Don Miguel. ¿Qué dices, hombre?

Don Moisés. La mirada, la sonrisa... ¡Tú, tú!

Pedrito. Dispense usted, pero...

Don Miguel. Te advierto que este no es mi hijo.

Don Moisés. ¿No?

Jeremías. ¡Ni le toca nada!

Don Moisés. Chico, ha sido una ofuscación... Lo declaro. ¡Porque es que no he visto dos caras más distintas! No sé por dónde... Nada, una ofuscación. A Pedrito. Bien, y usted me dispensará el tuteo...

Pedrito. Calle usted; no vale la pena...

Don Miguel. Siéntate, siéntate.

Jeremías. (Estamos enfrente de un gran peligro. Voy á prevenir á Gloria y á Catalina.) Vase al interior.

Pedrito corre de aquí para allá y se sube á la escalerilla, arreglando las anaquelerías y trasladando pilas de libros de un lado á otro. Don Moisés y don Miguel se sientan al brasero.

Don Moisés. Quitándose el sombrero y descubriendo una calva ignominiosa. ¿Me encuentras muy viejo, no es verdad?

Don Miguel. Avejentadillo te encuentro, sí... Pero has de ver que ya no somos chicos de la escuela.

Don Moisés. ¡Ah! Tú estás hecho un pollo. ¡Qué brilo en la mirada! ¡Qué colores!...

Don Miguel. Je, je...

Don Moisés. Dime, ¿qué es de tu vida? ¿Al fin te casaste?

Don Miguel. Suspirando. ¡Ay! Sí, hombre, sí: me casé... y he enviudado ya.

Don Moisés. ¡Cómo vuelan los años!

Don Miguel. Por mi mujer llevo este luto.

Don Moisés. ¡Pobre Nicolasa!

Don Miguel. ¿A quién te refieres?

Don Moisés. A tu mujer: ¿no era Nicolasa?

Don Miguel. No, hijo, no: Lorenza.

Don Moisés. Perdóname, Miguel; estoy empecatado. Es que como mi pobre Elvira se llamaba Nicolasa...

Don Miguel. ¿Qué dices?

Don Moisés. ¡Jesús! Desvarío... Concluirás por no

hacerme caso. Padezco distracciones horribles; equivoco las palabras, trueco los conceptos... Las zarzas del camino, chico.

Don Miguel. ¡Pobre Moisés!

Don Moisés. ¿Tienes algunos hijos?

Don Miguel. Una hembra: Gloria.

Don Moisés. Gloria será en efecto.

Don Miguel. Es buena, es buena: no puedo quejarme. ¿Y tú, Moisés? Cuéntame tu vida.

Don Moisés. No deseo otra cosa. Es un barco de penas: estoy en alta mar... y no veo tierra por ninguna parte. Cogiéndole una mano á don Miguel. ¿En ti tengo un amigo, verdad?

Don Miguel. No me lo preguntes.

Don Moisés. ¿Puedo abrirte mi pecho?

Don Miguel. Sí.

Don Moisés. Pues mira. Se pone de pie de espaldas al público, y desabrochándose el gabán, le muestra el pecho á don Miguel. En seguida vuelve á abrocharse y se sienta.

Don Miguel. ¡Ave María Purísima!

Don Moisés. Esto te dirá mejor que palabra ninguna, en qué terrible situación *hame* colocado el infortunio.

Pedrito. (Sí, lo que es nadando en la abundancia ya se ve que no está.)

Don Moisés. Después que nos separamos en Córdoba, la desventura me hizo su hijo predilecto... y todas mis ilusiones, todas mis esperanzas, fueron crisálidas de desengaños...

Pedrito. (Hombre, eso está bien.)

Don Moisés. Dame un pitillo.

Pedrito. (Eso no está tan bien.)

Don Moisés. Quiero ver si se me quita con el tabaca este amargor de lágrimas que me viene á la boca. Don Miguel le da un cigarro y ambos fuman. ¡Ay, Miguel, Miguel; cuánto he padecido, cuánto he sufrido! No encon-

trarás un dolor en el mundo que no me sea tan familiar como el abrir y cerrar los ojos. ¿Ves cómo estoy de canas? Pues cada una es una herida, cada una es un desengaño, cada una es un amigo que he perdido.

Pedrito. (¡Caramba! ¡pues ha debido de tener muchas relaciones!)

Don Moisés quiere sollozar y no le sale.

Don Miguel. Vamos, tú, ¿qué se le ha de hacer? No te apures.

Don Moisés. ¿Tú conociste á mi segunda mujer?

Don Miguel. Sí, hombre, sí: María.

Don Moisés. Pues bien, llora conmigo: ¡ya no vive!

Don Miguel. ¿No?

Don Moisés. Rompiendo á llorar al fin. No. ¡Ni mi primera mujer tampoco!

Pedrito. (¡Naturalmente!)

Don Moisés. Enjugándose el llanto. ¿Te acuerdas de mi Baldomero?

Don Miguel. ¡Vaya!

Don Moisés. ¡El rey de la casa! ¡la alegría del mundo! Permíteme que vuelva á llorar al calor de su querido recuerdo. Suelta el trapo otra vez.

Pedrito. (Pues señor, nos va á meter el corazón en un puño.)

Pasa CATALINA con una alcuza desde la puerta del interior á la de la calle, por donde se va santiguándose y sin quitarle ojo á don Moisés mientras pasa.

Don Miguel. Moisés, querido Moisés, sosiégate. No te falte el valor á última hora.

Don Moisés. Serenándose. Dispensa: dices bien. Con la muerte de mi chico, la noche tendió su manto en mi casa: me dejaron cesante... Uno de esos ministros sin conciencia que de una plumada se comen el pan y se beben el agua de una familia... Hice los imposibles por lograr mi reposición: inútil. Trabajé en otras cosas: inútil. Descendí de clase: quise ser cobrador de tranvías:

inútil. Me fuí á América, la tierra de los desesperados: padecí y padecieron los míos hambre y sed. Volví á España. Nuevamente procuré ser de todo; lo intenté todo, lo palpé todo, y lejos de encontrar la ansiada aurora no hallé sino nuevas penas, nuevos dolores, nuevas amarguras, nuevos desengaños...

Pedrito. (¡Se nos viene con *latiguillos* el buen viejo!)

Don Miguel. ¿Cuántos hijos te quedan?

Don Moisés. Sollozando antes de contestar. Dos.

Don Miguel. ¿Alguna hija?

Don Moisés. Vuelta á los pucheros. Ninguna. (No se lo digo.)

Don Miguel. ¿Y esa chicuela por quien he sabido de ti?

Don Moisés. ¡Ah! ¡Carita! ¡Pobre ángel de Dios! Huérfana y sola desde muy niña, yo la recogí en mi hogar humilde.

Don Miguel. Parece muy buena muchacha.

Don Moisés. Es tan buena como bonita... y tan bonita como desgraciada. La risa huyó de sus labios cuando aún no contaba ocho primaveras. Unida á nuestra suerte la suya, hoy también llora con nosotros.

Don Miguel. Pero ¿tan triste es tu situación actual?

Don Moisés. ¡Desesperada, chico! Es la de aquel que está en la barandilla del Viaducto dispuesto á arrojarse de cabeza, y no espera otra cosa que la mano de un guardia que lo sujete. Mira: mi hijo Calixto, harto ya de sufrir penalidades, hace tres meses que voló de mi hogar: *fuése* á correr fortuna. No sé de él. Mi hijo Mario, en quien—¿á qué voy á ocultártelo á ti?—tengo puestas todas mis esperanzas y todas mis ternuras... postrado está en la cama del dolor. Se me muere, Miguel, se me muere en aquella fétida guardilla. No tengo recursos, no tengo medios... ¿qué hago? Parece imposible que haya desventura mayor. Parece imposible, ¿no es verdad? Pues oye: el casero me ha dicho que nos

va á plantar en la calle. Ahí tienes una desventura mayor: ahí la tienes.

Pedrito. (¡Corcho! ¡eso es del *Drama nuevo!* ¡Si lo estoy ensayando yo!...)

Don Miguel. ¡Jesús, Jesús, Dios mío!

Don Moisés. Y lo hará, Miguel; créeme que lo hará. Nos pondrá en medio del arroyo sin consideración al enfermo ni á nada. Los caseros son unos animales.

Don Miguel. Hombre, hay de todo... Ya tú ves, yo también soy casero... Je...

Don Moisés. Recogiendo velas. Chico... perdona... he dicho animales... en el buen sentido de la palabra.

Pedrito. (¿Cuál será el buen sentido ese?)

Don Miguel. Pues nada, no te apures...

Don Moisés. ¿No he de apurarme, si tendré que llevar al hospital á mi pobre hijo?

Don Miguel. Para algo vivo yo en el mundo. No hables de eso siquiera.

Don Moisés. ¿Eh? ¿qué dices?

Don Miguel. Que tu hijo no irá al hospital, ni por pienso...

Don Moisés. Estrechándole las manos. ¡Miguel! ¡Miguel!

Don Miguel. Que se remediará en lo posible tu situación, porque todo tiene arreglo en el mundo, en no siendo la muerte...

Don Moisés. ¡Miguel!

Don Miguel. Y que adonde nos vamos ahora mismo los dos es á tu casa. Levantándose. Anda, que ya tardamos.

Don Moisés. ¡Miguel! Se le echa encima llorando á moco y baba, y lo abraza y lo moja que es una bendición.

Pedrito. (Este don Miguel es un bizcocho de canela.)

Don Miguel. Vaya, no llores más... no seas niño... que vas á contagiarme.

Don Moisés. Lloro, sí, lloro. Son tus palabras ben-

ditas las únicas gotas de rocío que desde hace muchos años han caído sobre mi corazón. ¡Dios querrá que algún día pueda pagarte!

Don Miguel. Vamos, calla ó me enfado. No se hable más del particular. Tranquilízate... Verás: antes de irnos vas á conocer á mi hija.

Don Moisés. ¡Sí, hombre, sí!

Don Miguel. ¡Gloria! ¡Gloria! Vase al interior de la casa llamando á Gloria.

Don Moisés se deja caer sollozando en la silla en que estaba. Pausa.

Pedrito. (Diablo, parece que tiene hipo.) Acercándose á don Moisés. ¿Quiere usted un poco de agua, caballero?

Don Moisés. Estrechándole una mano sin mirarlo. Gracias, noble pollo.

Sale DON MIGUEL del interior de la casa con GLORIA. Se ha quitado la gorra y trae el sombrero en la mano.

Don Miguel. Aquí la tienes.

Don Moisés. Levantándose de un salto. Señorita... ¡Dios Todopoderoso! Chico, si parece que estoy viendo á Nicolasa...

Gloria. ¿A quién?

Don Miguel. A tu madre, dice.

Don Moisés. Ay, es verdad: he vuelto á confundir el nombre.

Sale JEREMÍAS también del interior, receloso como un gato arisco, y se sienta á su mesa.

Gloria. ¿Me encuentra usted parecido á mi madre?

Don Moisés. ¡Una estampa! ¡una estampa! Desde luego es usted tan bonita, y seguramente será usted tan buena.

Gloria. Mil gracias, señor.

Don Moisés. ¡Es ella, Miguel, ella misma! ¿Recuerdas cuando la conocimos?

Don Miguel. Figúrate si me acordaré.

Don Moisés. Las veces que paseamos juntos la ca-

lle... lo colorado que tú te ponías á cualquier novedad...

Don Miguel. El miedo que le teníamos los dos al abuelo de esta...

Don Moisés. ¡Qué tiempos aquellos!... ¡Ay, Miguel, me parece que respiro de otra manera!... El recuerdo de nuestra juventud, esta casa, tu hija, el cariño con que me tratas, el noble amparo que me ofreces...

Jeremías. (¡Ya pareció aquello!) Como si le hubieran puesto una banderilla, se levanta y empieza á pasearse por el foro.

Don Moisés. Anda, vamos á llevarles á los míos estos rayos de sol.

Don Miguel. Vamos, sí; vamos en seguida. Hasta luego. Echa á andar hacia la puerta, la abre y aguarda á don Moisés, que se despide.

Don Moisés. Cogiéndole las dos manos á Gloria. Niña, aunque se le muera á usted su padre, no se apure usted...

Pedrito. (¡Atiza!)

Gloria. Por Dios...

Don Moisés. Usted perdone... he querido decir... que no importa nada que él se muera...

Don Miguel. ¡Hombre! ¡hombre! Déjate ahora de...

Jeremías. (¡Qué estúpido!)

Don Moisés. Vamos, que en mí tiene usted un segundo padre.

Gloria. Ah; muchísimas gracias.

Don Moisés. Saludando á Jeremías Caballero...

Jeremías. ¡Abur!

Don Miguel. Acaba, hombre.

Don Moisés. Tropezando con Pedrito, á quien le echa al suelo una pila de libros que lleva en la mano. Joven...

Pedrito. ¡Eh! ¡cuidado!

Don Moisés. Usted me dispense.

Gloria. (Va loco.)

Don Moisés, aturdido ya, tropieza también con CATALINA, que llega de la calle cuando él se marcha.

Catalina. ¿Ande yeva usté loz ojos, zeñó?

Don Moisés. ¡Fijos en el cielo de la dicha!

Don Miguel. Anda, anda. Deja pasar á don Moisés.

Catalina. Llevándose las manos á la cabeza. (¡Ze van los dos juntos!)

Jeremías. Refunfuñando. ¡Lo engañan! ¡lo explotan!

Don Miguel. Vuelvo en seguida, ¿eh? A Jeremías. ¿Qué te sucede á ti, que así bufas?

Jeremías. ¿No lo ves? ¡Que estoy muy contento!

Don Miguel. Pues mira, no lo estarás tanto como yo. Hasta luego. A don Moisés, echándole una mano por la espalda. ¿Vamos?

Jeremías y Catalina hablan en voz baja escandalizados, y Gloria auxilía á Pedrito en la tarea de recoger los libros del suelo. Cae el telón.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Trastienda de la librería de don Miguel. A la izquierda del actor el hueco de puerta que comunica con el establecimiento. La pared de la derecha se une á la del foro formando chaflán. En medio de éste, una puerta que conduce á las habitaciones interiores. Ambas paredes laterales cubiertas por completo de anaquelerías llenas de libros. En la del foro, hacia la derecha, una ventana grande con reja, que da al patio de la casa y cuyas puertas aparecen cerradas en este acto. Cerca de la ventana una máquina de coser. Arrimados á la pared montones de libros y una escalerilla de mano. En el centro de la escena una mesa-camilla. En torno varias sillas finas de enea y dos butacas de gutapercha. Estera de pleita. Es de noche. Pendiente del techo una lámpara de luz eléctrica encendida.

—

DON MIGUEL, sentado á la camilla en una butaca, lee un periódico. Tiene puestas la capa y la gorra, como en el primer acto. Poco después de levantarse el telón sale PEDRITO de la tienda con un libro en la mano.

Pedrito. Oiga usted, don Miguel.

Don Miguel. ¿Qué quieres?

Pedrito. ¿Se puede dar esto por diez reales?

Don Miguel. Examinando el libro. ¿Esto? ¿Quién lo pide?

Pedrito. Ese muchacho de la barba negra y los lentes, que se llevó el otro día la *Historia de las ideas estéticas*...

Don Miguel. Ah, sí, hombre: es parroquiano asiduo. Dáselo.

Pedrito. Le diré que por ser para él... Echa á andar y á la mitad del camino se detiene y suelta un suspiro que parte el alma. ¡Ay!

Don Miguel. ¿Qué te pasa, Pedrito, que andas hoy así como tonto y das unos suspiros...? ¿Tienes amores imposibles?

Pedrito. No son flojos amores.

Don Miguel. ¿Algo, quizás, del teatro de doña Guadalupe?

Pedrito. Pues ¿qué ha de ser? Calcule usted que ya no hacemos el *Drama nuevo.*

Don Miguel. ¡Diablo de contrariedad! Pero anda, anda, que espera ese señor.

Pedrito. Está muy entretenido viendo unas láminas... Baja la voz como si temiese ser escuchado. Mire usted, don Miguel, cometió doña Guadalupe la torpeza—ya se lo advertí yo—de repartirle el papel de Alicia á la hija del sastre del portal, y ahora no sabe cómo quitárselo.

Don Miguel. ¡Jesús qué desatino! Mira tú que á la hija del sastre... ¿Estaría la pobrecita para matarla?

Pedrito. Para matarla, no; pero para herirla gravemente, desde luego. Y quien paga los vidrios rotos soy yo.

Don Miguel. ¿Por qué?

Pedrito. ¡Ahí es nada! Figúrese usted que para el martes quieren que me estudie *La esposa del vengador* y *El nudo gordiano.*

Don Miguel. ¡Aprieta! Estos aficionados las gastan así. ¡Buena va andar la librería de aquí al martes!

Pedrito. Eso no, don Miguel: primero es la obligación que la devoción.

Don Miguel. Bueno, pues véte á demostrarlo; no te detengas más.

Pedrito. Ya, ya me voy. Se asoma á la librería. Ese ca-

ballero sigue distraído con las láminas.—Lo que iba á decirle á usted, don Miguel: en *La esposa del vengador,* que ya he hecho otras veces, estaré... vamos... en fin, no es que yo me alabe, pero... las personas que me la han visto hacer se han quedado con la boca abierta. En cambio en *El nudo gordiano* me van á dar dos tiros.

Don Miguel. ¿Por qué, simple?

Pedrito. Porque yo no siento los dramas de levita; eso es.

Don Miguel. ¡Ja, ja, ja!

Pedrito. No se ría usted, no, señor, que no los siento. Puede que sea porque no tengo levita, pero no los siento.

Don Miguel. ¿De manera que todo tu equipaje es de capa y espada?

Pedrito. ¡Quiá! ¡Si tampoco tengo equipaje! Pero los trajes de capa y espada me los presta Roquete, un cómico muy amigo mío.

Don Miguel. Tonto, pues que te preste la levita Roquete.

Pedrito. Es que las levitas de Roquete... también son de capa y espada.

Don Miguel. Vaya por Dios. Y basta de palique, ¿eh? A cumplir tus obligaciones.

Pedrito. No me reprenda usted, don Miguel; póngase en mi caso... Yéndose á la librería.

Aquí mi padre expiró,
aquí morirá Pacheco.

Don Miguel. Ese va á perder la cabeza con los dramas.

Viene GLORIA del interior de la casa con una labor, que deja sobre la camilla.

Gloria. Ay, qué demonio de muchacha.

Don Miguel. ¿Quién?

Gloria. Carita. No hay modo de hacer carrera de ella. Ha simpatizado con Catalina, que charla más que

ella todavía, y allí las tienes á las dos fregando platos y dorando peroles.

Don Miguel. Déjalas. Esa Carita es una joya. Mira que se mete por el corazón.

Gloria. Carita y todos ellos.

Don Miguel. Ah, sí. Mario es la misma flor de la simpatía.

Gloria. ¿Verdad que sí, papá? ¡Pobre chico! Aún está muy débil.

Don Miguel. Muy débil, sí.

Gloria. La que ha pasado ha sido buena. Una pulmonía doble no la cuentan todos. Se acerca á don Miguel y baja un poco la voz. Por cierto, papá, que tengo que pedirte una cosa. Haz el favor de decirle al tío Jeremías que no sea tan imprudente con ese chico. Le suelta unas pullas y unas indirectas que encienden lumbre.

Don Miguel. Disgustado me tiene eso, no creas tú. El domingo tuve con él unas palabrillas á cuenta de la ropa que les hemos sacado del Monte. ¿Qué quería? ¿que anduvieran en cueros por la casa? La ha tomado en una forma tan grosera con toda la familia...

Gloria. Pero principalmente con Mario. (¿Qué hará que no viene?) Debía bastarle el considerar que están amparados aquí, para tratarlos de otro modo...

Don Miguel. Claro es.

Sale, paseando, JEREMÍAS, del interior de la casa y se va á la librería. Trae en la mano una copita de aguardiente, en la que mete las narices como si se las quisiera bañar.

Jeremías. Dice, *tiempo libre, bolsa llena,* dice, *buenas mozas y buen vino;* dice, *¡cuerpo de tal, qué destino!* dice, y *todo ello á costa ajena.* Vase. Se va en efecto.

Gloria. ¿Ves tú?

Don Miguel. Ya, ya veo. Te digo que me ha faltado poco...

Gloria. Sí, tú también gastas una calma... Siempre te falta poco.

Don Miguel. Ente ruín, incapaz de querer á la camisa que lleva puesta... Lo que tiene entre cuero y carne es el escozor de lo que yo he hecho con esa pobre gente; cosa que á él le parece inverosímil.

Gloria. Si todos fuésemos á pensar como él... Pero tú, papá, no has hecho más que lo que has debido, y allá cada uno con su conciencia.

Don Miguel. Levantándose. Ahí está el toque. Yo tengo mi alma en mi cuerpo y mi libre albedrío como el más pintado, y estoy en mi casa, donde soy señor de ella, como el rey de sus alcabalas, y sé...

Gloria. Bueno, déjate ahora de *Don Quijote.*

Don Miguel. Es que me indigna ese Jeremías. Quisiera yo que hubiese venido él conmigo á casa de esa buena gente y hubiese visto el cuadro que yo vi. ¡Qué alcoba, hija, qué alcoba! Un tugurio de lo más miserable. El pobre Mario tendido en un jergón, medio muerto de frío, porque allí entraba el viento por donde le daba la gana; el padre casi en cueros; Carita llorando en un rincón; la cocina sin lumbre; la despensa sin pan... ¡qué sé yo! No pude, ni quise contenerme... Fué aquello un impulso invencible de todo mi ser. «¡A mi casa!—les dije.—Allí, hasta que pase la nube.» Y hubieras tú visto, Gloria, hubieras visto entonces qué llanto de gratitud, qué besarme las manos, qué extremos... Me avergonzaron y tuve que escaparme, no te digo más... Para que se nos venga ahora ese brujo de Jeremías con pullas y más pullas, enderezadas á amargarme esta satisfacción que yo tengo, sin duda porque él no la puede sentir igual en los días de su vida. Vuelve á sentarse.

Gloria. Ni más ni menos. Y sobre todo, papá, que es lo que yo digo: en los veinte que llevan aquí, ¿han hecho algo que justifique esa ojeriza?

Don Miguel. Al contrario. Si se pasan las horas queriendo agradar...

Gloria. La pobre Carita se desvive... A todo atiende...

Don Miguel. Y Moisés lo mismo...

Gloria. Ah, ese buen señor no sosiega.

Sale JEREMÍAS del establecimiento con la copita de antes apurada y se detiene un punto oyendo la conversación de don Miguel y Gloria.

Don Miguel. Allá veremos si en eso de los retratos al carbón le sopla la fortuna.

Gloria. En su cuarto está ahora dándole los últimos toques á ese que le encargaron el domingo.

Don Miguel. Como que es su obsesión: aportar algunos cuartos al gasto de la casa. Yo ya le he dicho que no piense que voy á aceptar... Pero me ha contestado que por fuerza tomaré lo que él gane mientras viva aquí con nosotros.

Jeremías. Sentenciosamente. Cobrará el retrato y no veréis un perro chico.

Gloria. ¿Usted qué sabe?

Jeremías. Cobrará el retrato...

Don Miguel. ¡Calla, majadero!

Jeremías. ¡Y no veréis un perro chico!

Gloria. ¡Dale!

Jeremías. Viendo venir á DON MOISÉS por la puerta que da al interior de la casa y yéndose por ella después de saludarlo. Nuestro hombre se acerca. A sus órdenes, querido Van Dick.

Don Moisés. Más decentito que en el primer acto. Trae un rollo grande en la mano y el sombrero puesto. ¡Je, Je! Van Dick me dice... Tu cuñado me hace mucha gracia.

Don Miguel. ¿Sí?

Don Moisés. ¡Mucha! (La misma que si me afeitaran en seco.) Conque, yo voy á entregar este mamarracho.

Don Miguel. Déjalo para mañana, bobo. ¿Qué prisa te corre?

Don Moisés. Ninguna. Pero me conviene entregarlo

de noche, porque la luz artificial *le va* mejor que la febea. Volveré antes que cerréis. Mirad cómo ha quedado. Desenvuelve el rollo y enseña su obra, que es un retrato de busto de tamaño natural, menos que medianamente dibujado al carbón.

Gloria. A ver, á ver...

Don Miguel. ¡Bravo, chico! ¿Sabes que me gusta?

Gloria. Está admirablemente.

Don Moisés. ¿Sí, eh?

Don Miguel. Nuestra opinión no vale, pero...

Don Moisés. ¿Cómo que no vale? Un hombre de tu gusto, y de tu cultura, y de tu...

Don Miguel. Me estoy fijando... y no sé qué le encuentro á la boca.

Don Moisés. No me toques á la boca, por Dios. La boca es la misma. Mírala así. Guiña un ojo y se pone delante del otro una mano á guisa de anteojo.

Don Miguel. Imitándolo. ¿Así? Chico, ciertamente.

Gloria. Yo á lo que le noto algo raro es á las narices...

Don Moisés. No me toques á las narices. Míralas así. Como á don Miguel.

Gloria. Ay, es verdad; así se salen del papel.

Don Miguel. Oye, pues no dejes de decirle al dueño que lo mire así.

Don Moisés. Enrollando el retrato. ¡Ja, ja, ja! No estaría de más, no te creas. Vaya, vuelvo al instante. Fijándose en una solapa de don Miguel. ¿Qué tienes tú aquí?

Don Miguel. No sé...

Don Moisés. Una mancha de... de... ¿de qué es esto? Grasa, grasa parece. Mañana te daré con tierra de vino. ¿Tú no querías botones, Gloria?

Gloria. Me los ha traído ya Carita, don Moisés. Se sienta á hacer labor.

Don Moisés. Corriente.

Don Miguel. Oye, por si tardas un poco y hemos cerrado cuando vengas, ¿tú conoces la entrada del portal?

Don Moisés. Sí. Lo que no sé es la gracia del sereno.

Gloria. La gracia del sereno es no venir cuando se le llama.

Don Moisés. ¡Ja, ja, ja! ¡Los mismos golpes de su madre!

Don Miguel. Bartolo es la gracia.

Don Moisés. Bartolo: no se me olvida. Como Murillo. Conque, soy de ustedes. Se marcha á la calle.

Don Miguel. Adiós.

Gloria. Adiós.

Sale MARIO de las habitaciones interiores. Viste traje de americana en no mal uso.

Mario. ¿Qué hacen tan calladitos el padre y la hija?

Gloria. (Ya está aquí.)

Don Miguel. ¿Y usted, qué hacía por allá dentro, perdido?

Gloria. ¿Ayudarle á Carita á fregar peroles?

Mario. No por cierto. He estado embromando un rato á don Jeremías.

Don Miguel. ¡Duro, duro en él!

Mario. Es delicioso. Acabo de decirle que hace vida de pisapapeles. Sueltan la risa Gloria y don Miguel. Y se me ha puesto por las nubes.

Don Miguel. Eso prueba lo atinado de la comparación.

Mario. A mí me divierte muchísimo. Le cuento unas patrañas sólo por oirle... Tuvo que ver anoche cuando le juré que hace seis años fuí vendedor de babuchas en Egipto.

Gloria. ¡Ja, ja, ja!

Mario. Porque, eso sí: no me paro en barras. En mis conversaciones con él ya le he dado tres ó cuatro vueltas al mundo.

Gloria. Lo va usted á matar á berrenchines.

Don Miguel. No, hija, no: descuida, que á ese no lo mata nadie.

Mario. (Se hará lo que se pueda. Y veremos quién puede más.) Se sienta junto á Gloria.

Don Miguel. Bien pronto ha recobrado usted el buen humor, amigo Mario.

Mario. En cuanto he visto asegurado el pellejo, que fué lo que me preocupó algunos días.

Gloria. ¿Le tiene usted cariño á la vida?

Mario. Más que nadie. Y mire usted que la mía no ha sido hasta el presente ningún caminito de flores; pero eso mismo ayuda á quererla... Cuanto más desgraciada es una persona más se la quiere, ¿no es verdad? Pues lo propio me ocurre conmigo: cuanto peor lo paso en más me estimo y me creo más digno de pasarlo bien. Y como tras unos días vienen otros, y hay más días que longaniza, según dicen, y longaniza me consta que hay mucha, ¡adelante! ¡á vivir!

Don Miguel. Filosofías de hombre sano que recobra la fuerza perdida.

Mario. Es cierto. Estoy mucho mejor. Hace tres días apenas podía tenerme de pie. Pero desde ayer noto que la salud entra en mi cuerpo sin pedir permiso, despreciando papelillos y píldoras, de rondón, libre, franca, lo mismo que entra en mi alcoba la luz del día cuando abro las ventanas al levantarme.

Gloria. Gracias á Dios.

Mario. Justo; gracias á Dios, que los puso á ustedes en la tierra. Tengo un presentimiento que me hace feliz...—bueno, yo soy más supersticioso que una gitana.— Digo que tengo el presentimiento de que, merced á la casualidad que aquí me ha traído, desde esta fecha va á tomar mi vida rumbo más próspero.

Gloria. Candorosamente. Oiga usted; y yo que, sin saber por qué, he pensado lo mismo...

Don Miguel. Hombre, es muy natural que suceda. No es cosa de que estén ustedes toda la vida tragando rejalgar. Dios aprieta, pero no ahoga.

Gloria. Mirando al interior de la casa. El tío Jeremías viene ahí. Cambiemos de conversación.

Don Miguel. Sí, sí; doblemos la hoja.

Vuelve JEREMÍAS del interior chocando y enredando los dedos como de costumbre, y pasa hacia la tienda. Al oir á Mario se detiene á escucharlo con muy mala intención.

Mario. Van ustedes á oirlo. Precisamente en aquella época, querido don Miguel, era yo cervecero en Alemania...

Gloria. (¡Virgen!)

Don Miguel. Sí, sí; si hablamos de eso el otro día...

Jeremías. ¿En qué época era eso, puede saberse?

Don Miguel. (Ya, ya...)

Mario. Sí, señor; eso era... en Agosto del 95.

Jeremías. ¡Alto el carro! ¡No aguanto más bolas!

Mario. ¡Don Jeremías!

Gloria y don Miguel contienen la risa.

Jeremías. ¡Tengo apuntadas en un papel todas las cosas que ha sido usted en Agosto del 95! Se ríen los tres. No hay que reirse... Aquí está. Saca de un bolsillo un papel y lee con fruición. Este caballero ha sido en Agosto del 95: «Pastelero en Valladolid, sereno en Badajoz, Don Miguel, Gloria y el propio Mario ríen de muy buena gana. jefe de *claque* en Bélgica, equilibrista en Rusia, peluquero en el Cairo, litógrafo en el Canadá, Judas en una procesión en Estepa, recaudador de contribuciones en la Patagonia, vendedor de arropías en Sevilla, cajero en el Banco de Londres y capitán de un globo en mitad de la atmósfera.» Decidme si hay manera de creer...

Mario. Levantándose. Ah, todo es rigurosísimamente histórico. Como que en Agosto del 95 era yo...

Jeremías. ¿Otra cosa además?

Mario. Sí, señor; primer actor de una compañía dramática, donde cada noche representaba un tipo distinto.

Don Miguel. Te ha reventado, Jeremías.

Gloria. Lo ha reventado á usted.

Jeremías. ¡Un cuerno!

Mario. No tiene usted más que fijarse: pastelero en Valladolid: *Traidor, inconfeso y mártir.* ¿Ha visto usted *Traidor, inconfeso y mártir?* ¡Pero si usted no ha visto más que el *Tenorio* y *La canción de la Lola!*

Jeremías. No he visto tanto como usted... Sin embargo, le reconozco sin reservas muy felices disposiciones de comediante.

Mario. (No me inmuto, no.) ¡Oh! ¡usted no sabe la de laureles que he conquistado! Fué aquella una época de gran ventura para mí. Todavía me entusiasmo á veces. Declama con énfasis.

Grajos viles que espanta mi bandera
son los reyes de Córdoba y Sevilla:
y yo haré con sus reinos una hoguera...

¿Á que no acierta usted de dónde es eso?

Sale PEDRITO oportunamente de la tienda.

Pedrito. De *Sancho García.*—Don Miguel, aquí lo busca un caballero. Se va.

Gloria. Vamos, que ese también...

Don Miguel. Yéndose tras Pedrito. Si le digo á usted que en esta casa el que no se ríe...

Jeremías. Siguiendo á don Miguel. ¡Ah, sí! ¡Todo esto tiene muchísima gracia! Se va diciendo «ja, ja, ja», sin reirse. Ja, ja, ja... No te pongas malo de reir, Jeremías. Ja, ja, ja...

Gloria. (Solos otra vez.)

Mario. Soltando la carcajada. ¡Va que echa bombas!

Gloria. A mí lo que me admira es que no comprenda que son bromas de usted. ¡Porque mire usted que la lista que ha hecho!

Mario. Es que la ha tomado conmigo sin saber por qué causa. Vuelve á sentarse junto á Gloria.

Gloria. Yo sí lo sé, Mario.

Mario. Y yo.

Gloria. Porque con todos hace igual.

Mario. No es por eso.

Gloria. Le aseguro á usted que es insufrible: á todas horas pensando mal, de un humor endiablado... Para él no hay persona buena en el mundo... ¡Jesús!

Mario. ¿Y ha vivido siempre con usted?

Gloria. Siempre.

Mario. Pues ha tenido tiempo de cambiar de opinión.

Pausa.

Gloria. (Cuando me quedo sola con este hombre no sé adónde mirar.)

Mario. (Creo que no le parezco saco de paja.)

Nueva pausa. Mario contempla á Gloria fijamente.

Gloria. (Debe de estar mirándome: siento sus ojos en mi cara.)

Mario. (Vamos á ver si es verdad eso del nuevo rumbo de mi vida.) ¡Qué callados estamos!

Gloria. Se conoce que no tenemos nada que decirnos.

Mario. O que tenemos mucho... y no sabemos por dónde empezar. Pausa. (Como una amapola se ha puesto. Es una sensitiva.)

Gloria. (¡Qué simple soy! ¿Pues no me he puesto colorada?) Dicen que cuando hay estos silencios es que pasa un ángel.

Mario. Pues como pase por aquí va á morirse de envidia.

Gloria. Riendo. ¿De mí?

Mario. No: de mí. Creo que por bien que le vaya al angelito allá arriba, mejor que al lado de usted es muy difícil que le vaya.

Gloria. Bueno, ¿quiere usted que hablemos de otra cosa?

Mario. ¿No le gusta á usted la conversación?

Gloria. Sí me gusta...

Mario. Entonces, ¿á qué variarla?

Gloria. He dicho una simpleza. Me gusta como gustan las galanterías, pero por lo mismo no está bien que yo quiera oirlas...

Mario. ¿Pues no confiesa usted que le gustan?

Gloria. ¡Ay, qué hombre de Dios! Es que hay cosas que aunque le gusten á una, una no debe decir que le gustan... Y yo ya lo he dicho, que es lo malo...

Mario. Y le ha costado á usted ponerse otra vez como una cereza. ¡Ja, ja, ja!

Gloria. (Me vió antes.) Por Dios, Mario, no se ría usted de mí.

Mario. Esta risa no es burla; es alegría.

Gloria. Menos mal si está usted alegre.

Mario. Ya sabe usted que sí. Y á su lado de usted... más alegre que nunca. (Ahora se ha puesto pálida.)

Pausa breve.

Gloria. (¡Jesús! no veo la labor...)

Mario. Gloria, ¿quiere usted mirarme un momento?

Gloria. Muy turbada. Si lo estoy viendo á usted todo el día...

Mario. Viéndome, sí; pero mirándome, no. Por lo menos, mirándome como yo quisiera que me miraran esos ojos... esos ojos tan...

Sale PEDRITO de la tienda buscando como loco un libro por las anaquelerías de uno y otro lado, y recitando casi maquinalmente y muy aprisa mientras lo busca los versos que siguen:

Pedrito.

...Y el puño de mi tizona
libre de pliegues molestos
buscó la luz, dando al aire
mil acerados reflejos...

Mario. (¡Qué oportuno es este pájaro frito!) Se separa de Gloria y finge distraerse.

Gloria. (¡Ay, ya puedo respirar!...)

Pedrito. ¿Dónde estás, hombre, dónde estás tú?... Balmes... «Criterio»...

A una esquina di la vuelta...
di la vuelta... di la vuelta...

¿Cómo es, Perico? Saca del bolsillo interior de su americana la obra y busca rápidamente lo que no recuerda.

Mario. A Gloria. (¿Pero ese va á ensayar aquí todo el drama?

Gloria. Capaz es.)

Pedrito. *¡Y á mi pesar!...* Ya decía yo.

A una esquina di la vuelta,
y á mi pesar, en el velo
de una dama que venía
marchando en sentido inverso...

Don Miguel. Dentro, gritando. ¡Pedrito!

Pedrito. ¡Voy! Pero, ¿para qué tendría criterio Balmes? Este es. Coge un libro, lee el lomo y se encamina á la librería, sin dejar «La esposa del vengador».

...seguida de airoso paje
y dueña de adusto ceño,
enganché los retorcidos
gavilanes de mi acero,
¡que siempre están gavilanes
de palomas en acecho!

Hojeando el libro, se detiene antes de meterse en la tienda.

Dió un grito y yo la miré:
alzó sus ojos de cielo...

Me parece que le falta una hoja.

Rasgó el tul y huyó ligera;
no la vi más... ¡y aún la veo!

No, no le falta.

¡Malhayan los gavilanes
que presa en ella no hicieron!

LA CARIDAD LIBERAL

Saliendo del baile una señora envuelta en su mantón, para no coger catarro, topó, junto a la puerta, con una pobre mujer que estaba allí, con tres hijos pequeños, y con débil y humilde voz imploró su caridad, diciendo:

—Una limosna, por amor de Dios y por estos niños que se mueren de hambre.

Entonces, la dama, apartando los ojos de aquel espectáculo de miseria, dijo con tono desenfadado:

Paciencia, mujer, que harto cansada estoy de bailar toda la noche por los pobres.

¿No es verdad, lector, que es tan irritante esta respuesta, como este linaje de caridad filantrópica y liberal? ¿No es verdad que con sobrado motivo la condena el Papa?

Ya sabe ahora todo el mundo que la filantropía es la falsa moneda de la caridad.

Solución á la charada de ayer *Paredes*.

MAYO

Sol: 4,49 a 7,4—Luna: 1,1 m. a 12,33 t.
S.ª 19.—132 días van de 1939; faltan 233

12

Hoy S. Aquiles, es la fiesta onomástica de S. S. Pío XI.

VIERNES

Stos. Domingo de la Calzada, cf.; Germán, ob.; Nereo, Aquileo, Pancracio y Dionisio, mártires, Epifanio y Modoaldo, ob.; y Eelipe, cf.

Le pido dos pesetas. Que no diga don Miguel que no me intereso por la casa. Se va.

Mario. ¡Gracias á Dios que nos deja solos! Se sienta otra vez al lado de Gloria. Llegó á interrumpir nuestro palique en un momento en que yo creía que no habitábamos este mundo más que usted y yo.

Gloria. Y resultó que también lo habitaba Pedrito.

Mario. En un momento en que yo le pedía á Dios que hubiese á nuestro alrededor un silencio muy grande...

Gloria. ¿Y para qué tanto silencio?

Mario. Para que pudiese usted oir cómo saltaba mi corazón dentro de mi pecho, alborozado con la idea de que usted á ruego mío me mirara... de que usted me mirara con esos ojos tan negros... tan dulces... tan hermosos... ¿No me mira usted, Gloria?

Vuelve á salir PEDRITO á escape por otro libro. Mario le echa una mirada fulminante y se separa de Gloria de nuevo.

Cerca un coche; en él su amante;
ella hacia él; la vi; cegué...

Mario. (¡Maldita sea tu estampa!)

Gloria. (Este tontaina de Pedrito...)

Pedrito.

Tiré, cayó, la besé,
y, en mis brazos expirante,
la satisfacción primera
de mis celos vi pagada...

Cogiendo el libro que buscaba, que es voluminoso. Aquí está. «La cebolla.—Su historia y su cultivo». Unos «El criterio» de Balmes y otro «La cebolla». Entienda usted á la humanidad.

¡Que así su última mirada
fué para mi toda entera!

¡Bravo! Vase.

Mario. Parece que se ha propuesto impedirnos hablar. Se sienta junto á ella otra vez.

Gloria. (¡Es mucha desgracia!)

Mario. Y si al menos pudiéramos entendernos como aseguran que se entienden los enamorados...

Gloria. Con viva emoción. ¿Los enamorados?

Mario. Sí. Son los únicos seres que se entienden por medio de los ojos.

Gloria. ¿Dice usted que los únicos?

Mario. Los únicos. Por eso usted y yo estamos... á media inteligencia.

Gloria. No comprendo...

Mario. ¿No? Peor para mí. Pausa breve. Gloria, antes que vuelva á salir ese titiritero de Pedrito, quiero preguntarle á usted una cosa. Me ha dicho usted que coincide conmigo en imaginar que, de aquí en adelante, se ha de trocar en próspera mi adversa fortuna. ¿En qué se funda usted para imaginarlo?

Gloria. En nada...

Mario. En nada, no es posible.

Gloria. Pues y usted, que piensa lo mismo, ¿en qué se funda?

Mario. ¿Yo? En un sentimiento... En el de que al lado de usted, que es la bondad misma, nada malo puede pasarme. Creo más: creo que esta sana alegría que usted derrama sobre todo lo que la rodea, ha impregnado mi alma para siempre. Y aun cuando yo me aleje de usted...

Gloria. No hable usted de eso ahora...

Mario. ¿No he de hablar, Gloria, si es mi pesadilla?... Yo sé que la bondad de usted y de su padre para con nosotros no ha de tener más límite que aquel que le ponga nuestro decoro, nuestra delicadeza...

Gloria. (¿Pues no se me han saltado las lágrimas?)

Mario. Ese límite ha llegado ya. Recobrada mi salud merced á ustedes, no debemos permanecer más tiempo en esta casa.

Gloria. ¡Vaya una tontería!

Mario. Tontería, no, Gloria. La verdad, que tiene bromas muy pesadas. Debo marcharme, y me iré, ¡quién lo duda! ¿Adónde? ¡quién lo sabe! Con pasión y en voz baja, acercándose á ella. Pero quiero que sepa usted que adonde quiera que la fortuna guíe mis pasos, su recuerdo de usted iluminará mi pensamiento, alentará mi corazón y alegrará mi alma. Le coge una mano, que ella, conmovida, le abandona.

Llega CARITA del interior de la casa á tiempo de oir las últimas frases, y no puede reprimir un grito de sorpresa. Gloria, sobrecogida y llena de turbación, se separa violentamente de Mario y se pone de pie. Mario permanece sentado.

Carita. ¿Qué?

Mario. ¿Quién?

Gloria. (¡Jesús! ¡Carita!)

Mario. (¡Carita ahora!)

Carita. ¿Qué os ocurre?

Mario. ¡Nada!

Gloria. Nada... sino que... como has entrado tan de pronto... y no te esperábamos... y... Yo te confieso que me he asustado... Voy á beber un poco de agua... Yéndose al interior con los ojos bajos. (¡Qué vergüenza, Dios mío!)

Carita y Mario se contemplan. Pausa.

Mario. ¿Qué miras?

Carita. ¿Qué miras tú?

Mario. Tranquilo. Te miro á ti, que tienes mucho que mirar.

Carita. Y yo á ti... que no tienes menos. ¿Quieres decirme por qué se ha turbado Gloria?

Mario. ¡Ay qué gracia! ¡Pregúntaselo á ella!

Carita. Se lo preguntaré.

Mario. Bueno; que te aproveche.

Carita. Mario... ¡qué mal haces en lo que haces!

Mario. ¿Y qué sabes tú lo que yo hago, infeliz? ¡Es una desgracia haber nacido tonta de capirote!

Carita. Pues no la cambio por la de haber nacido...

Mario. ¿Qué?

Carita. Nada.

Mario. Pues nada: bien está.

Carita. Bien está, sí.

Mario. Encaminándose hacia la tienda. Le voy á revolver la bilis á don Jeremías... Carita no deja de mirarlo. (Alégrate, Mario; el triunfo es tuyo. Tiene razón Pedrito:

...siempre están gavilanes
de palomas en acecho!)

Desde la puerta de la librería. Carita, adiós. Ya sabes que te estimo en cuanto vales y que vales mucho. No te enfades conmigo, tonta. Se va.

Carita. ¿Le parece á usted por dónde sale ahora ese bribón? Ya me estaba yo temiendo alguna miseria. Llevan hijo y padre muchos días de personas decentes. Pero, vamos, esto de Mario clama al cielo. ¿Mire usted que atreverse á enamorar á Gloria? No puedo, no puedo acostumbrarme á las acciones de esta gente... ¿Por qué Dios me habrá puesto entre ellos á mí, que en mi pobreza soy tan distinta? A DON MOISÉS que sale de la tienda como perseguido. ¡Ay padrino; cuánto me alegro de que llegue usted!

Don Moisés. ¿Sí? Pues ¿qué sucede? A fe que vengo yo...

Carita. Mario...

Don Moisés. No me toques á Mario, que es el talento de la casa...

Carita. Á pesar de eso, Mario...

Don Moisés. ¿Mario, qué?

Carita. En voz baja con pena. Mario está haciendo una cosa muy fea.

Don Moisés. ¿También Mario? ¡Pero estos hijos míos van á sacarme el sol de la cabeza!

Carita. Estoy más disgustada... Porque, créame us-

ted, la cosa es de las que no tienen nombre... A mí que no me digan... Hay circunstancias en la vida, en que no vale la disculpa del amor... Y eso de que el amor entra así de repente, como un dolor de muelas, y que no se puede contener, no pasa más que en las novelas y en los dramas, donde sabe una que todo es mentira... Pero voy al grano. Apartándose un poco de él con cierta repugnancia. Usted también trae un pestazo á aguardiente...

Don Moisés. ¡Al grano, por Dios! ¡No mezcles el aguardiente con nada!

Carita. De esta casa van á echarnos á puntapiés. ¿Qué cree usted que se le ha ocurrido á Marito?

Don Moisés. Alguna tontería. A veces el talento que tiene se nubla como el sol. Un poco alarmado. Oye, ¿huelo mucho? Le echa el aliento.

Carita. No: á distancia no. Pues verá usted: se va usted á quedar con la boca abierta. En voz muy baja. ¡Le está haciendo el amor á Gloria!

Don Moisés. Lo mismo. ¡Ya lo sé! Se lo he propuesto yo.

Carita. ¿Usted?

Don Moisés. Sí. Me explico tu extrañeza, porque no conoces ciertos detalles. Con gran misterio y regocijo. Aquí hay *guita* larga.

Carita. ¡Padrino! (¡Qué asco de gente!)

Don Moisés. Así, así... No son cuentos de las mil y una noches... He oído hablar de papel del Estado, de una casita en la calle de la Ventosa... ¿Tú sabes dónde está la calle de la Ventosa? Pasada la Fuentecilla, conforme vamos al Matadero...

Carita. ¡Déjeme usted á mí de ir al Matadero! ¿Usted no comprende que eso es ruín?

Don Moisés. ¡Muchacha! Te advierto que él va por todo lo fino. Nada de pringarla á última hora, como otras veces... Petición de mano, bendición del cura, etcétera, etc. Todos los requisitos.

Carita. Pero, ¿quién es él para poner los ojos en Gloria? ¿Usted no ve eso? ¿usted no ve que aquí estamos recogidos por caridad? ¿usted no ve que en esta casa debiéramos andar todos de rodillas? ¿usted no ve que el amor de Mario es una ofensa? ¿usted no ve que ofender á quien nos salva es una villanía muy grande?...

Don Moisés. Mira, mira, mira, Carita: odio al par que desprecio el género trágico, ¿te enteras? *¡Vade «ratro»!* Además, pamplinosa, el amor es libre, no respeta leyes ni conveniencias, une príncipes y pastoras, tumba monarquías, funde religiones contrarias...

Carita. Y averigua si hay papel del Estado...

Don Moisés. Eso lo primero. La época de la cebolla *fuése.* Hay que vivir, hay que vivir... ¡Pues digo! El día que mi pobre Mario adquiera bienes de fortuna, ¿qué vuelos no tomarán sus alas de águila imperial? ¡Ah! ¡si el otro fuera lo mismo!

Carita. No nombre usted al otro, que bastante tenemos con éste.

Don Moisés. Bien á pesar mío lo nombro, no te creas. Está otra vez aquí.

Carita. ¿Calixto? ¿Ha parecido?

Don Moisés. No levantes la voz. He tenido con él un mal encuentro.

Carita. ¡Virgen María! ¿Sabe que estamos en esta casa?

Don Moisés. Lo sabe.

Carita. ¡El Señor nos valga!

Don Moisés. Creo que se ha ido á vivir con...

Carita. ¿Con quién?

Don Moisés. Con... con la otra.

Carita. ¿Con su hermana?

Don Moisés. ¡Cállate, por Dios! Eso dice él: que vive con Adela. Capaz es de todo... Me ha dicho también que es apoderado del *Microbio Chico.*

Carita. ¿Y quién es el *Microbio Chico?*

Don Moisés. ¡El colmo de la insignificancia, tú calcula! Un torerillo de mala muerte. Y será verdad que es su apoderado... Cuando yo lo vi iba con dos tipos... que si me los encuentro de noche en una calle sola, me encomiendo á Dios. Bueno, pues el señor ha tenido la avilantez de amenazarme: ¡á mí! ¡al padre que lo ha echado al mundo!

Carita. Padrino, vámonos de esta casa antes que él venga... Que siquiera esta vez no dejemos triste recuerdo de nosotros.

Don Moisés. ¿Estás loca, criatura? Si nos vamos de aquí, ¿de dónde voy yo á sacar los veinte duros que me pide?

Carita. ¡Madre mía! La historia eterna... Llorando. Si parece que estamos malditos...

Don Moisés. ¡No llores, mujer!... ¡Pues está la Magdalena para tafetanes!

PEDRITO se asoma á la puerta de la librería con capa y hongo.

Pedrito. Muy buenas noches.

Carita. Hasta mañana si Dios quiere, Pedrito.

Vase Pedrito.

Don Moisés. ¿Van á cerrar la tienda?

Carita. Sí.

Don Moisés. Pues, oye: antes que vengan esos. Yo he dicho que no he cobrado el retrato... pero lo he cobrado...

Carita. ¿Eso más? ¿Y la promesa que le ha hecho usted á esta familia?...

Don Moisés. Descuida, que la cumpliré sin falta; pero más adelante. Ahora necesito algunas perras para taparle la boca á ese temerario de Calixto...

Carita. Bueno, sí: calle usted, calle usted... (Yo soy la que se va de aquí.)

DON MIGUEL sale de la librería charlando con MARIO. Trae en la mano un tomo del «Quijote». Carita, abstraída y triste, se sienta

junto á la camilla, á la izquierda. A poco vuelve GLORIA del interior de la casa y se pone á la derecha á seguir su labor. Carita y ella se miran. Gloria baja los ojos turbada.

Mario. Y esta noche ¿en qué vamos á pasar la velada, señor don Miguel?

Don Miguel. Mire usted: aquí traigo el libro dispuesto.

Mario. ¿El *Quijote?*

Don Miguel. Mi libro.

Don Moisés. ¡El de todos! Ya sabes tú que yo me pego por Cervantes.

Se sientan, mientras hablan, en torno de la camilla don Miguel, don Moisés y Mario. Don Miguel en medio.

Don Miguel. A no ser que ustedes prefieran jugar á la lotería ó las cartas.

Don Moisés. ¡Ca!

Mario. ¡De ninguna manera!

Don Miguel. ¿Dónde quedamos? Hojeando el libro. ¿En la aventura de los ejércitos?

Mario. No, señor: en la de los batanes.

Don Moisés. Avanzamos más: si se leyó la del yelmo de Mambrino...

Sale JEREMÍAS de la librería con las de Caín.

Jeremías. Llegamos hasta el final de la aventura de los galeotes.

Don Miguel. Hombre, tienes razón: alguna vez habías de tenerla.

Don Moisés. Justo. Recuerdo que Mario jugó del vocablo con nuestro apellido.

Mario. Es verdad.

Jeremías. Precisamente. A don Miguel, poniéndole una mano en la espalda. Dejaste la lectura, ¿sabes? cuando el Caballero de la Triste Figura les da la libertad á los galeotes... y ellos le pagan á pedrada limpia.

Don Moisés. ¡Qué humano es eso! ¿eh?

Mario. ¡El pan nuestro de cada día!

Don Miguel. Pues empezamos capítulo. Oigan ustedes.

Carita. (Me iré, me iré.)

Gloria. (¿Qué tendrá Carita?)

Don Miguel. Leyendo. *Viéndose tan mal parado Don Quijote, dijo á su escudero: siempre, Sancho, lo he oído decir, que el hacer bien á villanos es echar agua en la mar...*

Jeremías. ¡Esa es una verdad como el puño!

Don Moisés. (¡Este tío!...)

Mario. (¡Este zorro viejo!...)

Don Miguel. Hombre, ¿quieres no interrumpir? Ya sabes lo que me incomoda...

Carita. Levantándose. Yo aprovecho la interrupción para irme á la cama. Estoy rendida. Hasta mañana si Dios quiere.

Don Miguel. Adiós, hija.

Don Moisés. Adiós.

Mario. Adiós.

Carita. Besando á Gloria. Hasta mañana, Gloria.

Gloria. Hasta mañana, Carita. A dormir.

Carita. Yéndose. (A llorar.)

Don Miguel. Continúa la lectura mientras baja lentamente el telón. *...que el hacer bien á villanos es echar agua en la mar: si yo hubiera creído lo que me dijiste, yo hubiera excusado esta pesadumbre; pero ya está hecho, paciencia y escarmentar para desde aquí adelante. Así escarmentará vuestra merced, respondió Sancho, como yo soy turco...* Sigue leyendo hasta que el telón acaba de caer.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto segundo. Es de día. En la camilla una servilleta extendida y sobre ella un cubierto. Al lado una botella de vino y una copa. A través de la ventana del foro, que aparece abierta, se ve el patio de la casa.

—

DON MIGUEL pasea preocupado. Sale PEDRITO de la tienda, preocupado también, y en extremo afónico á consecuencia de la re presentación de dos dramas en que ha tomado parte activa.

Pedrito. Sin gota de sangre vengo, don Miguel de mis culpas.

Don Miguel. ¿Qué ocurre?

Pedrito. La edición de lujo de las obras de Larra, ¿la ha vendido usted?

Don Miguel. No.

Pedrito. Pues ayúdeme usted á sentir: no la encuentro por ninguna parte.

Don Miguel. Busca, busca bien; porque venderse no se ha vendido. Y dime, muchacho, ¿tú de qué tienes esa voz?

Pedrito. ¡Toma! De la función de anoche, que fué *función monstruo.* Hicimos *Consuelo* y *El Trovador;* y suspendimos *Los amantes de Teruel* y *La campanilla de*

los apuros, para no quedarnos todos sin campanilla. Lo último es perder las facultades, don Miguel.

Don Miguel. Bueno, sí; véte á buscar eso...

Pedrito. Metiéndose en la librería. Ya, ya...

Al campo, don Nuño, voy,
donde probaros espero...

Don Miguel. Cierto que es extraño eso de las obras de Larra. No es el primer libro que se pierde... A buen seguro que si se entera Jeremías les echa la culpa á los Galeotes... Pero yo no—Dios me libre;—no me atrevo á tanto. Y eso que han hecho cosas tan feíllas, tan poco decorosas... ¡Todo sea por Dios! Luego, ese Calixto que se ha presentado á última hora me da muy mala espina...

Por la puerta que da á la tienda llega JEREMÍAS. Habla en tono zumbón.

Jeremías. Querido Miguel: vengo absorto.

Don Miguel. ¡Hombre!

Jeremías. Acaban de entrar en la librería una dama y dos caballeros, que sin duda son gente gorda.

Don Miguel. ¿Gente gorda aquí?

Jeremías. Como lo oyes. El propio Rodríguez, á quien yo le estaba enseñando el «¡No te tires, Reverte!» se quedó al verlos mudo de sorpresa.

Don Miguel. ¿Y qué es lo que quieren?

Jeremías. No lo sé. Vienen preguntando por don Moisés Galeote, ó, en su defecto, por don Miguel de Cañas.

Don Miguel. ¿Por mí? Vaya, pues que entre quien sea y no me canses más.

Jeremías. Desde la puerta que da á la librería les dirige la palabra á los que están dentro. Adelante, señores.

Recoge á un lado la cortina y salen el MEMBRILLO, el OJERAS y la RICITOS. Don Miguel se queda estupefacto. El Ojeras y el Membrillo son toreros de invierno, y la Ricitos grande amiga suya.

Don Miguel. (¡Le parece á usted!)

Membrillo. Güenas tardes.

Don Miguel. Dios guarde á ustedes. ¿En qué puedo servirles?

Ojeras. ¿Es ust...?

Membrillo. Adelantándose al Ojeras. ¿Es usté el padre de don Calixto por casualidaz?

Don Miguel. No, señor.

Ojeras. Por muchos años.

Membrillo. Bajo al Ojeras, de cuya boca no espera que salgan flores. Cáyate, Ojeras. A don Miguel. ¿Entonces es usté Leyendo en un sobre. don Miguel de Cañas?

Don Miguel. El mismo.

Ricitos. Por muchos años.

Membrillo. Al Ojeras, por la Ricitos, de cuya boca tampoco espera milagros. Que se caye esa, hombre.

Ojeras. (¡Gachó con este!)

Membrillo. Güeno, pos mire usté: nosotros semos...

Jeremías. Somos, hubiera dicho yo.

Membrillo. ¿Sí, eh? Lo mira y se rasca.

Ojeras. Pero, Membriyo, ¿tiés más que entregarle la carta de don Calixto al señor y así concluyes antes?

Membrillo. ¿Te quiés cayar, Ojeras? A don Miguel. Tome usté la carta. Refunfuñando. (¡Tié narices la cosa!)

Don Miguel. Vamos á ver la carta... La abre y lee. «Mi querido padre: no extrañes que te escriba desde la prevención, porque estoy preso.» ¡Caramba! «Los dadores de la presente sabrán explicarte el cómo y cuándo de mi desgracia y el medio mejor de librarme de ella, tú mismo ó tu generoso protector. Te idolatra, Calixto.» ¡Demonio! ¡demonio!

Jeremías. Lo que te dije: ¡gente gorda!

Don Miguel. Calla. Pero ¿qué diablura ha cometido ese chico para verse así?

Membrillo. Verá usté, señor; la cosa fué anoche en el *Briyante*. Por cierto que tomemos tos el primer disgusto.

Jeremías. Corrigiéndole. Tomamos se dice.

Membrillo. Volviendo á mirarlo y á rascarse. (¿No tendrá ese tío na que hacer por ayá dentro?) A don Miguel. Resultó que estando aquí la señora...

Jeremías. La señora no ha estado nunca aquí. Los tres de la comisión se lo quieren comer con los ojos.

Ojeras. Si aquí es azjetivo, cabayero.

Jeremías. ¡Ah!

Membrillo. Dispuesto á que no lo corrijan más. Estando, coma, aquí la señora, coma, con aquí el amigo y un servidor, dos comas—porque paece que estamos en el Ataneo,—en el café del *Briyante* con don Calixto, se presentó de golpe la Adela del brazo del Galápago. Ver don Calixto á su hermana...

Don Miguel. ¿A qué hermana?

Ojeras. Al Membrillo, tirándole de la chaqueta. (Que te vas á colar, Membriyo; tanto como presumes...)

Membrillo. (¡Que me he colao ya! ¡Maldita sea!... Lo primero que me encargaron.)

Don Miguel. ¿Quién es esa hermana, diga usted? ¿Quién es esa Adela?...

Membrillo. Pos esa Adela es una hermana...

Ricitos. ¡Si no es hermana, hombre!

Ojeras. ¡Si no es hermana!

Membrillo. ¡No me atorruyéis! Cualquiera se equivoca, señor. Es una amiga de don Calixto, ¿usté me comprende?... que tiene simpatías personales por el Galápago.

Don Miguel. (¡Qué extraño es todo esto!)

Membrillo. Y como el Galápago está así con don Calixto, Juntando los índices por las puntas. lo mismo fué verle que le estreyó un sifón en la cabeza. Lo demás no hay pa qué repetirlo: son hechos consumaos. Y á mí se me ocurre que la mejor manera de arreglar eso—salvo el parecer de tos ustedes—es untarle la mano á quien yo me sé... y en paz y jugando.

Jeremías. Dando una vuelta en torno de don Miguel, de modo que le dice una frase por cada oído. (Esto es un timo: no vayas á escurrirte.)

Don Miguel. A Jeremias. (Descuida.) ¿Usted opina eso, verdad?

Ojeras. A la Ricitos. (Pa mí que *Salmerón* va al *hule*, tú.)

Ricitos. Al Ojeras. (Es que la comisión se las trai un poco.)

Don Miguel. Bueno, pues... contra la respetable opinión de usted está la mía: yo no gusto de comprar á nadie, y á la justicia menos.

Membrillo. Profundamente convencido. (¡Vaya! ¡hemos acabao!) ¿De modo que usté... *nequáquan?*

Don Miguel. Según lo que usted entienda por nequáquam.

Ojeras. *Nequáquan* es que usté no afloja ni pa Dios.

Jeremías. Traducción literal.

Membrillo. ¡Te veo sin mantón, Ricitos!

Ricitos. ¡Pa chasco! Lo que es éste no lo suelto yo tan fácil...

Membrillo. ¡Eso será ú no será! Miá esta ahora...

Don Miguel. Bien; la calle es el mejor sitio para ventilar esas cuestiones... Yo, por mi parte, ya he dicho cuanto tenía que decir.

Membrillo. Usté dispense, cabayero...

Ricitos. Queden ustés con Dios...

Membrillo. En la cuadriya del *Microbio Chico* me tiene usté de banderiyero de confianza, pa lo que se ofrezga.

Ojeras. En la misma cuadriya, de puntiyero, pa servir á usté.

Don Miguel. ¡Canario! Muchas gracias. Adiós.

Jeremías. Ofréceles la casa, si te parece.

Membrillo. Yéndose á la calle tras la Ricitos y el Ojeras. (¡De güen humor van á ponerse el padre y el hijo!)

Jeremías. Asomándose á la misma puerta y gritando. ¡Pedrito! ¡ojos hasta en las uñas!

Don Miguel. Chico, estoy perplejo: no sé qué pensar.

Jeremías. Yo sí. ¿Qué te dije ayer? Les has negado dinero dos veces, ¿verdad? ¡Pues aguarda el timo!

Don Miguel. No, no, no... yo no creo... Digo, se me figura á mí que no es posible... ¿O es que yo estoy viviendo en las estrellas?

Llega CATALINA de la calle con varios paquetes de una tienda de ultramarinos.

Catalina. Ave María, don Migué, ¿qué gentuza ez eza que ahora zalía? Desde que eza tropa está aquí, vienen á esta caza unos tipos que yo no he visto nunca.

Don Miguel. Mira, véte á la cocina y no hables más.

Catalina. Al istante me voy. Pero ¿pa qué, zi no adelanto na hasta que no armuerce er demonio er viejo? Y miéntras la candela encendía, y ze gasta carbón y ze gasta leña y ze conzume una... ¡Jozú, Jozú! ¡zi doña Loranza viera este dezarreglo!...

Don Miguel. Cierto que eso de presentarse á almorzar cuando les da la gana...

Jeremías. ¡Ah, eso es muy cómodo!

Catalina. Como que aquí loz amos paecen eyos ahora... Don Migué, don Migué, eche usté á eza gente á la caye.

Don Miguel. Pero, mujer, por los clavos de Cristo, ¿cómo los voy á echar?... Si les hubiéramos descubierto una maca gorda...

Catalina. Pero ¿quié usté más que tos los negocios que inventa er padre—¡mala perdigoná le den donde yo diga—pa zacarle á usté cuartos? ¿No ha visto usté que ha hecho zeis retratos, y loz ha cobrao tos er grandízimo tuno, y aquí no ha traío una pezeta?

Don Miguel. El dice que no los ha cobrado.

Jeremías. ¡Pues los ha cobrado!

Catalina. Y venga dinero pa papé, y dinero pa cisco,

y dinero pa barniz, y dinero pa to, y pan pa borrá, que ze yevaba toa la miga, como zi hubiera patos en la caza...

Jeremías. ¿Y los libros que se han perdido? ¿Y la cría de gallinas y palomos, dónde me la dejas?

Catalina. ¡Aplique usté er cuento! La cría de los palomos... Puzo la caza como zi fuea un corrá: plumas por tos laos... Hacía usté azín, respiraba fuerte... y ze le yenaba la boca e plumas.

Don Miguel. No, si yo reconozco que son molestos... y que me he equivocado al juzgarlos—Carita aparte, ¿eh?...—pero se me arde la cara sólo de pensar que tengo que decirles, sin aguardar á que resuelvan su situación, que están demás aquí. Yo no hago eso: no sé, no sirvo... no quiero, tampoco.

Jeremías. Pues mal que te pese lo vas á hacer en cuanto sepas lo que voy á decirte.

Don Miguel. Habla.

Jeremías. Mario Galeote está enamorando á tu hija.

Catalina. Horrorizada. ¡Jozú!

Don Miguel. Vamos, Jeremías, no inventes, en tu deseo de que los ponga en el arroyo.

Jeremías. No invento, Miguel. Ni es eso lo peor. Tu hija está enamorada de Mario Galeote.

Don Miguel. ¿Quieres callar? ¡Tonto de mí que te hago caso sabiendo quién eres!

Jeremías. ¿Pero no crees lo que te he dicho?

Don Miguel. ¿Cómo he de creerlo, majadero? ¿No lo conozco á él? ¿no la conozco á ella?

Catalina. Ay, ezo no, don Migué de mis curpas; miste que en las cuestiones der queré ze ven cozas mu raras... Cuántas veces no dice una: pero á eza arrastrá mujé, ¿qué le habrá gustao de eze hombre? Y una no ze lo explica; pero argo tendrá el hombre cuando á la mujé le ha gustao. ¡Ay don Migué, don Migué, no juegue usté con ezo! ¡Ay qué doló de hija, en podé de eze

piyo! ¡Ay, miste que ezo ya no es azunto de ochavos, miste que ezo es mu zerio!...

Don Miguel. Pero ¿quieres dejarme? ¿O es que os habéis propuesto volverme loco?

Catalina. ¡No ze ciegue usté, don Migué!...

Don Miguel. ¡Que me dejes, te digo!

Jeremías. ¿Es que no atiendes á razones?

Don Miguel. ¡Y tú también, agorero del diablo!

Jeremías. Basta. Cierro mi pico. Yo ya he cumplido con mi deber. Al ir á entrar en la librería, llega DON MOISÉS, con quien se cruza y á quien hace una reverencia, sin perjuicio de la inevitable cita del «Tenorio». Dice, *señor Capitán Centellas, ¿vos por aquí?* Beso á usted la mano. Se va.

Don Moisés. De mal talante. Hola.

Don Miguel. Hola. ¿Eres tú?

Don Moisés. Yo mismo: ¿no me ves?

Catalina. ¡Vaya unaz horas de vení á armozá!

Don Moisés. *Hame* sido imposible venir más temprano. Si molesto, con no almorzar estamos al cabo de la calle.

Don Miguel. Hombre, eso es una pata de gallo... porque otros días...

Don Moisés. Es que llueve sobre mojado, ¿te enteras? Y quede esto aquí. Se sienta con mal humor delante del cubierto.

Don Miguel. Sí; será lo mejor. Sírvele el almuerzo á don Moisés, Catalina.

Catalina. (Carita ze lo traerá; lo que es yo... Contemplándolo con desdén. Mírialo: don Rodrigo en la jorca. Ya no ze acuerda de que entró aquí con un trapo atrás y otro alante... y la barriga pegá al espinazo.) Se va al interior.

Don Moisés. Soltando un resoplido de rabia. Está buena la cosa.

Don Miguel. (Contento viene éste.) Dándole la carta de Calixto. Toma: esta carta han traído para ti.

Don Moisés. Sí. La coge, la hace dos pedazos y la tira. Ya

he visto á esos señores. Lo sé todo. Sé que mi hijo se queda en la cárcel.

Don Miguel. ¿Es culpa mía que haya entrado en ella?

Don Moisés. Bien, bien, bien... También prefiero que quede esto aquí.

Don Miguel. Y yo. Peor es meneallo, amigo Sancho.

Don Moisés empieza á tararear una musiquita juguetona. Sale CARITA del interior y le sirve un trozo de tortilla.

Carita. Padrino, buenas tardes. ¿Por qué no ha venido usted á almorzar á tiempo?

Don Moisés. ¿Por qué te metes tú en lo que no te importa?

Carita. ¡Qué manera de contestar!

Don Miguel. Mala yerba has pisado, Moisés.

Don Moisés. Reflexionando sobre la tortilla. (Cualquiera le hinca el diente á esta tortilla después de haber almorzado con Calixto. ¡Vengo hasta la nuez!) Come algunos bocados con gran esfuerzo, y los echa para abajo á fuerza de vino. Tortilla de patatas... sin patatas... ¡Y fría!

Carita. Con haber estado aquí á su hora se evitaba usted eso. Tampoco me muerdo yo la lengua cuando hace falta.

Vuelve JEREMÍAS á salir de la librería y se dirige á don Miguel con la misma zumba de antes.

Jeremías. Chico, ¿tenemos hoy besamanos? ¿Tú sabes?

Don Miguel. ¿Otra te pego?

Jeremías. Después de los diplomáticos que acaban de irse, se presenta ahora un matrimonio de alto copete.

Don Miguel. ¡Vamos, hombre!

Jeremías. ¿Lo dudas? A los de dentro. Pasen, pasen... (Yo los meto aquí.)

En efecto, salen VICTORIANO y la SEÑÁ PEPA, gente bien acomodada del pueblo de Madrid. Él viene de hongo y chaqueta de terciopelo. Ella de mantón de espuma lujoso. Trae en la mano un rollo

grande, que es un retrato de su suegra, debido al cisco de don Moisés. Victoriano no trae ningún rollo, pero en cambio trae un bastón que lo parece.

Victoriano. Güenas tardes, señores y la compañía.

Señá Pepa. Güenas tardes.

Don Miguel. } Muy buenas....
Carita. }

Don Moisés. (¡Adiós! ¡La carnicera del retrato!)

Señá Pepa. Señalando á don Moisés. Ese cabayero es el retratista.

Victoriano. ¿Sí, eh? Pos me alegro de verle á usté regular.

Don Miguel. (Aquí vamos á tener otra escena desagradable.)

Don Moisés. Ustedes dirán lo que desean...

Señá Pepa. Tres días con hoy yevamos buscándole á usté, y usté invisible: como si fuea un pantasma.

Victoriano. Reconviniéndola. Expresiones, no.—Güeno, pos yo soy el marido de la señora, que tuvo la debilidá de encargarle á usté un retrato de mi señora mamá, que esté en gloria, pa darme á mí una sorpresa el día e mi santo. ¡Mecachis en la sorpresa! Deslía, tú.

La señora obedece.

Carita. (Dios mío de mi alma, qué malas pulgas debe de tener este tío... ¡Qué ojos me echa!)

Victoriano. Señalando el retrato. ¿Le paece á usté? Si me dice usté que ese muñeco es mi señora mamá, se ha acabao el almuerzo.

Don Moisés. Ante todo, á mí pocas bravatas. Yo he copiado eso de una fotografía, y respondo del parecido exacto. ¡Y hemos concluído!

Victoriano. Llegándose á él con mucha sorna. ¿Que hemos concluído?

Carita. (¡Ay, Jesús! Se lo come.)

Señá Pepa. Pero si entoavía no hemos empezao; ¿será usté pampli?

Victoriano. ¡Te he dicho que expresiones, no!—¿Usté ha reparao bien en lo que ha hecho? Si paece un Rey Mago. Mi señora mamá, como tener algo de periya sí la tenía; pero compadre, ahí se le fué á usté el carbonciyo una miaja.

Don Moisés. Bueno, bueno, basta de historias: ¿qué hay? Se levanta. (Si no la echo de guapo, estoy perdido.)

Victoriano. ¿Que qué hay? Pos yo no veo más que una de dos: Dando un bastonazo en la camilla ó me devuelve usté el dinero...

Don Miguel. (¡Hola!)

Don Moisés empieza á sonarse con gran estrépito en vista de que la tierra no se lo traga.

Jeremías. Cantando.

Con el capotín, tín, tín, tín,
que esta noche va á llover...

Don Miguel. Pero, ¿qué dice usted de dinero, si este señor no ha cobrado el retrato?

Don Moisés continúa suena que suena, cada vez más fuerte.

Carita. (¡Virgen María!)

Señá Pepa. ¿Cómo que no ha cobrao, si le pagué yo *macho* sobre *macho* los seis cabales? ¡Miá San Roque!... ¡Que no ha cobrao!... ¡que no ha cobrao!...

Don Miguel. Moisés, ¿has cobrado en efecto?

Don Moisés. Te diré, hombre: verás lo que pasó. Cobrar he cobrado, pero escúchame...

Señá Pepa. ¿Ve usté, cabayero?...

Jeremías. Cantando otra vez.

Con el capotín, tín, tín, tín,
que esta noche va á llover...

Victoriano. ¿No tiene más que esa pieza ese aristón?

Señá Pepa. Por to paso yo menos por que me yamen á mí tramposa. Y si ese tío ha dicho que no le he pagao...

Victoriano. Dando otro bastonazo en la camilla. ¡Expresiones, no!

Don Miguel. Ni expresiones ni bastonazos, amigo.

Victoriano. Porque vas á perder la fuerza moral... Aquí no hay más que lo que yo digo: ó se nos devuelven los *machos*, ó le pongo yo al artista un carriyo como un queso e bola.

Don Moisés. Echando mano á la botella del vino. ¿A mí?

Carita. ¡Padrino, por Dios!

Victoriano. ¡A usté!

Don Miguel. Basta. Vengan ustedes conmigo.

Jeremías. ¿Qué vas á hacer?

Don Miguel. Lo que á ti no te importa. Vengan ustedes y se les pagará lo que sea.

Don Moisés. ¡No seas tonto, Miguel!

Don Miguel. No soy tonto, no. Pero no quiero presenciar en mi casa escenas que nunca he presenciado.

Carita. (¡Qué bochorno tan grande!)

Don Miguel. A los del dibujo. ¿Vamos?

Victoriano. Vamos, sí. Usté se pone en la razón, cabayero. A la señá Pepa. Tú, deja ahí eso, pa que se quite el hipo la familia.

Don Moisés. ¡El hipo!... ¡Lo que entenderá usted de dibujo!...

Victoriano. ¡Nos ha fastidiao este! ¡Pos ni que fuea usté el *Graco!*

Señá Pepa. Dejando el retrato sobre la camilla y yéndose con don Miguel y Victoriano por la puerta del establecimiento. Güenas tardes.

Jeremías. Siguiéndolos. Dice, *y el plazo de tu sentencia fatal, ha llegado ya...*

Don Moisés. Arrojando á un rincón el retrato, lleno de ira. ¡Maldita sea la hora en que nací!

Carita. Padrino, hay para morirse de vergüenza.

Don Moisés. ¡Hay para darte á ti un bofetón si no te quitas de mi lado!

Carita. Muy pronto me quitaré, no se apure. Y puede que no me vuelva usted á ver en su vida.

Don Moisés. ¡No caerá esa breva!

Carita. Sí caerá.

Don Moisés. ¡Pues cuanto antes mejor! ¿A mí qué? Se sienta agitadísimo. Pausa.

Carita. ¿Va usted á seguir almorzando?

Don Moisés. Levantándose de pronto. ¡Que almuerce el Nuncio!

Carita. ¿Quiere usted unas sardinitas en aceite?

Don Moisés. ¡Lo que yo quiero son pepinillos en vinagre! Vase de estampía al interior de la casa.

Carita. Cada momento que pasa me aseguro más en mi idea. Me voy, me voy de aquí, no se figure ese señor, no se figure Gloria que soy de la calaña de esa gente. Ni siquiera sé cómo he vivido tanto tiempo con ellos... Pero ya se acabó; hoy mismo... ahora mismo hablo con don Miguel.

Sale DON MIGUEL de la librería.

Don Miguel. Lo he visto y no lo creo. Por supuesto, que ese me va á escuchar cuatro verdades. Va hacia el interior de la casa. Engañarme así...

Carita. Deteniéndolo. Don Miguel.

Don Miguel. ¿Qué quieres, Carita?

Carita. Si va usted á hacer algo, nada.

Don Miguel. Lo que iba á hacer no me corre prisa: de todos modos he de hacerlo. Dime lo que deseas.

Carita. Hablar con usted dos minutos.

Don Miguel. Como si quieres que hablemos dos horas. Ya sabes que me encanta oirte.

Carita. Muchísimas gracias... Es usted muy bueno conmigo... es decir, conmigo y con todos... demasiado bueno para vivir en este mundo tan ruín.

Don Miguel. Demasiado bueno no se es nunca; demasiado simple en todo caso es lo que yo soy.

Carita. Principiando á gimotear. ¡Ay, Dios mío!...

Don Miguel. ¿Qué es eso, chiquilla? ¿qué significan esos pucheros? Vaya, no seas tonta; siéntate aquí y cuéntame tus penas.

Se sientan los dos.

Carita. Ay, señor don Miguel de mi alma; esto no es para mí. Mire usted que á mí me liaron al nacer en unos pañalitos muy decentes, porque la pobreza y la decencia no están reñidas, y que mi papá que en paz descanse, era como usted: ni una mala acción, ni una mala cara para nadie, ni una palabra fea. Hasta de los mosquitos y las pulgas se dejaba picar por no causarles daño. ¡Así acabó sus días!... Los pocos cuartitos que me dejó al morir se los llevó el viento... Digo, el viento; á cualquier cosa le llama una el viento... Ya comprenderá usted que el viento es mi padrino. ¡Vaya un viento fresco!...

Don Miguel. Pero ¿adónde vas á parar, muchacha? Déjate de preámbulos, que te conozco lo suficiente para que no los necesites conmigo.

Carita. Bueno, don Miguel; oiga usted lo que tengo que decirle. Pero en Dios y en mi alma que si digo alguna mentira me condene.

Don Miguel. No te condenas, no; pierde cuidado.

Carita. Usted, por su buen natural, nos recogió en su casa á mi padrino, á su hijo Mario y á mí, y nos sentó á su mesa, y nos dió cama donde dormir, y nos trató como á los suyos...

Don Miguel. Sí es cierto, mujer; pero en valiente cosa reparas...

Carita. Sin duda pensaría usted de todos nosotros que éramos personas regulares, capaces de comprender y de estimar y de agradecer como es debido su generoso comportamiento, ¿verdad que sí? Pues desgraciadamente, ya está usted viendo el desengaño—echándome yo fuera ¿eh? limpia de toda culpa como entré en esta casa.—Ya no caben disimulos ni componendas, señor

don Miguel; ya no hay sino ver las cosas á su luz, por triste que esto sea. Mario y mi padrino se están conduciendo aquí como unos cocheros, según se dice vulgarmente, sin que yo sepa por qué razón, pues entre los cocheros los habrá con vergüenza y sin ella, como pasa en todas las clases de la sociedad... Y bastante tienen con ser cocheros para que... Pero, en fin, esto no es del caso. A lo que iba. Yo no quiero partir con mi gente—de alguna manera he de llamarlos—la carga de sus malas acciones. ¡Bastantes vergüenzas he pasado por ellos! ¡Bastantes lágrimas me han costado ya! Yo soy otra cosa: yo soy aparte... Y si usted me lo permite, señor don Miguel, esta misma tarde me iré de su casa, bendiciendo á usted y á su hija; pero yo sola, sola, sin ellos, con mucha tranquilidad en mi conciencia.

Don Miguel. Vamos, muchacha, no digas disparates. ¡Jesús qué locura! ¿Adónde vas tú á ir?...

Carita. Dios me abrirá camino: estoy segura de ello, porque no soy mala. Luego, á mí no me asusta ni me pesa el trabajo: yo sé coser, yo sé guisar, yo sé lavar la ropa, que mire usted cómo la llevo siempre; Enseñándole las enaguas blancas. yo sé todo lo necesario para no morirme de hambre. Y sin llegar al último extremo, de doncella en una casa rica creo que encontraría colocación. Porque mala fachita no tengo—puede que yo me haga ilusiones. El amor propio á veces engaña tanto... Para acompañar á las señoritas aquí y allá, á misa y á compras, me parece que bien serviría... Pero ¿se ríe usted?

Don Miguel. ¿No quieres que me ría, muchacha?

Carita. Pero ¿es de risa lo que estoy diciendo?

Don Miguel. ¡Y tanto! Yo, por lo menos, te aseguro que ya salto de gozo ante la idea de echar por tierra todos tus planes.

Carita. ¿Sí?

Don Miguel. Sí.

Carita. ¿Pues cómo?

Don Miguel. Porque tú no te vas de mi casa: los que se van son ellos.

Carita. Con infantil espontaneidad. ¡Quiá! No los conoce usted.

Don Miguel. Es que si no se van yo sabré arrojarlos. Aunque tarde, me he convencido ya del error en que estaba... No sabes el sentimiento que me cuesta esta convicción. Hubiera dado yo lo que no tengo por que esa gente fuera gente honrada, Carita. Conque dime: ¿te quedarás de buena gana aquí con nosotros?

Carita. Don Miguel, no es posible... Y no porque yo no esté segura de portarme bien. El pan que ustedes me dieran procuraría recompensarlo con mi trabajito, y el cariño, que con nada se paga, sabría pagarlo en la misma moneda; pero marcharse ellos y quedarme yo, ¿no ve usted que es cosa imposible? Lo atribuirían todo á mis maquinaciones y artimañas, porque, como son malos, de noche y de día no tienen más que malos pensamientos; le armarían á usted la escandalosa; darían un espectáculo reclamándome violentamente...

Don Miguel. Nada de todo eso me importa un ardite. Derecho sobre ti no pueden alegar ninguno: aquí no hay más leyes que tu voluntad y la mía. Sin contar con que en último resultado yo sabría taparles la boca. A los tunantes se les convence pronto... Y ahora vas tú á hacerme un favor á mí.

Carita. Todo lo que usted guste.

Don Miguel. Contestar á una pregunta nada más. Ya ves qué poco. Pero no has de engañarme... ¿eh? Cuidado.

Carita. ¿Engañar yo á usted? No cabe en mí semejante cosa.

Don Miguel. Pues entonces, dime, si es que lo sabes: ¿quién es la Adela? Carita baja los ojos sin contestar. ¿No sabes tú quién es la Adela?

Carita. Sí, señor.

Don Miguel. Pues dímelo.

Carita. La Adela... es una hermana de Mario y de Calixto...

Don Miguel. Ya, ya...

Carita. Más bonita que un sol, y no tan mala como pudiera usted imaginarse... Lo que tiene que es así algo ligerilla de cascos... Eso por una parte... Luego... ¿sabe usted?... vinieron días de mucha necesidad... El padre... el padre...

Don Miguel. Basta. No sigas. A ti te cuesta mucha violencia decirlo, y á mí me duele más escucharlo. Ya sé bastante. Déjame. Se levanta.

Carita. Por Dios, que no se enteren... Se levanta también.

Don Miguel. Descuida.

Carita. A no ser porque me lo ha pedido usted, yo nunca hubiera dicho...

Don Miguel. Tranquilízate: no estés pesarosa. Descubrir las bellaquerías siempre está bien hecho. Anda, déjame.

Carita. Bueno, señor... Me llevaré estas cosas... Mientras recoge parte del cubierto de don Moisés. A mí me parece que lo mejor es que yo me vaya, y así se ahorrará usted nuevos disgustos... Pero al fin y al cabo no haré más que lo que usted me mande... Yéndose al interior de la casa. (¡Qué malitas entrañas hay que tener para pagarle mal á este caballero!)

Don Miguel. Es una desgracia pensar que todo el mundo es como yo. ¡Qué desengaño este! Pausa. Hoy mismo, hoy mismo se concluye todo. Yo veré la manera de...

De la librería sale GLORIA.

Gloria. (¡Ya viene!)

Don Miguel. Sin reparar en Gloria. Son unos canallas, unos canallas...

Gloria. ¿Quiénes, papá?

Don Miguel. Esos... los Galeotes... Vase al interior de la casa.

Gloria. Atónita. ¿Los Galeotes? Pero, ¿también mi padre piensa de ellos?... Es la primera vez que le oigo calificarlos de esa manera... Todas estas son artes del tío Jeremías, egoistón del demonio, que desde que llegaron está procurando que se vayan. ¿Le habrá metido en la cabeza á mi padre sus malas ideas?... ¡Ay, no quiero pensarlo! ¡Qué días llevo!... Dios me los tome en cuenta.

Viene MARIO de la calle. Al ver á Gloria se acerca á ella con pasión.

Mario. ¡Gloria!

Gloria. ¡Mario! ¡Cuánto has tardado!

Mario. ¿Estamos solos?

Gloria. Solos... como siempre; pero inquietos, como siempre también. Esto es menester que concluya: nuestro cariño no es un crimen.

Mario. A nuestros ojos, no; pero á los de tu padre, á los de tu familia, mi conducta pudiera parecerlo.

Gloria. ¿Por qué?

Mario. Cien veces te lo he dicho, tonta. Porque en el alma de un enamorado nadie penetra; porque mi situación en tu casa no me autoriza... ¿Cómo entré yo aquí, Gloria de mi alma? Por caridad. ¿Como continúo? Por caridad también. Hasta que no me vaya y vuelva á entrar de otra manera, no debo dignamente... Compréndelo. Mi cariño, hoy por hoy, no tiene más disculpa que el tuyo.

Gloria. Es que mi padre se parece mucho á mí y sabría comprenderte.

Mario. No lo creas. Un viejo y una niña, aunque se parezcan como dos gotas, no pueden pensar lo mismo de un enamorado.

Gloria. Mi padre de todo piensa como yo.

Mario. De mí no pensaría...

Gloria. (Eso que le he oído, ¿á qué obedecerá?) se estremece súbitamente como si algo temiera.

Mario. Alarmado. ¡Qué! ¿viene alguien?

Gloria. Lo mismo. ¿Viene alguien?

Mario. Cerciorándose de ello. No.

Gloria. Lo mismo. No. ¿Ves qué suplicio? ¿No es un tormento no poder decirles á todos: Mario me quiere, yo quiero á Mario?

Mario. Para mí, no. Ni para ti debe serlo tampoco. Con que nos lo digamos nosotros, basta. ¿Qué nos importa que los demás lo sepan? En este mismo misterio con que nos queremos, en esta misma soledad de nuestra alegría estriba su mayor encanto. Tu alma y mi alma se ven, se quieren, se hablan, se besan en silencio; no nos ve nadie, no lo sabe nadie; toda la dicha se queda entre los dos.

Gloria. Mario, ¿no me engañas?

Mario. ¡Qué pregunta! ¿Has dudado de mí alguna vez? ¿Dudas ahora?

Gloria. No dudo, no: ya lo sabes. Te pido lo que siempre: lealtad.

Mario. Lealtad y nobleza y cariño hasta que se me acabe la vida. Créeme. Deja correr el tiempo: quizás muy pronto podamos pregonar nuestro cariño á la faz del mundo.

Gloria. ¿Sí?

Mario. Sí.

Gloria. Es mi único deseo: acabe esta zozobra constante, esta inquietud de la conciencia... ¿Por qué temo yo? ¿por qué temes tú?

Mario. Porque ocultamos algo. Pero como lo que ocultamos es noble y el hecho de ocultarlo es más noble aún, nuestro temor es injustificado, pueril... de niños. Alégrate, vida: ten confianza en Mario, que te quiere con toda su alma. Ríete: que yo te vea reir y reiré también. Mi risa es el eco de la tuya. Tú no sabes las

ilusiones que yo barajo en esta cabeza de chorlito. ¡Hasta de presidente del Consejo me he visto ya! Al fin te ríes...

Gloria. Me río, sí. Sugestionada por Mario, obedece ciegamente á sus palabras.

Mario. Mírame ahora. Dime que esos ojos no han de mirar á nadie como á mí me miran.

Gloria. Te lo digo.

Mario. Júrame también que esos labios no le dirán á otro lo que á mí me han dicho.

Gloria. Te lo juro.

Mario. Cogiéndole las manos. Gloria... (Esta presa no se me va.)

Gloria. Abandonándoselas. Mario...

Mario. Separándose de ella violentamente. Silencio.

Gloria. Sobresaltada. ¿Quién?

Mario. Tu padre.

Sale DON MIGUEL del interior de la casa distraído, y al reparar en Gloria y Mario, los mira con sorpresa y recelo.

Don Miguel. (¿Eh? ¿qué es esto? ¡Juntos!... Como desechando un mal pensamiento. ¡Bah! ¡qué cosas pasan por la cabeza! Son el agua y el fuego...) Buenas tardes, Mario.

Mario. Don Miguel, buenas tardes.

Don Miguel. No sabía que estaba usted aquí. Precisamente le esperaba... En tono cariñoso. Gloria, hija mía, vé y dile á don Moisés que tenga la bondad de venir acá...

Mario. Escamado. (¡Hola, hola!)

Gloria. Voy. (¿Qué será ello, Dios mío?) Entrase en las habitaciones interiores.

Mario. ¿Ocurre algo, don Miguel?

Don Miguel. Con amargura. Extraordinario, nada: la cosa más natural del mundo.

Mario. (Respiro.) ¿Y es ello?...

Don Miguel. Ahora cuando salga su padre...

Mario. (Malo. ¿Sabrá...? Por más que me lo diría á mí solamente.)

Pausa.

Don Miguel. ¿Se ha paseado mucho?

Mario. Pasear, ni mucho ni poco; andar, alguna cosa.

Don Miguel. El día está bueno, ¿eh?

Mario. Sí, señor, sí; muy bueno.

Don Miguel. Calor más bien que frío, ¿verdad?

Mario. Justo.

Don Miguel. Yo he tenido que soltar la capa...

Mario. Aquí está ya mi padre.

Sale en efecto DON MOISÉS.

Don Moisés. ¿Qué hay, Miguel; qué sucede? Me ha alarmado tu hija: la he visto descompuesta, pálida...

Don Miguel. No, hombre, no...

Mario. Papá, tú ves visiones.

Don Moisés. Habrán sido mis ojos. Más vale así.

Don Miguel. Sí, más vale. ¿Quieren ustedes que nos sentemos?

Mario. Sí, señor.

Don Moisés. ¡Tú mandas! A Mario. (Esto me huele á chamusquina, hijo.)

Mario. A don Moisés. (Y á mí, papá.)

Se sientan los tres: don Miguel á un lado de la camilla, Mario y don Moisés al otro.

Don Miguel. (¿Por dónde empiezo yo, virgen santa?)

Don Moisés. Sacando unas tijeras del bolsillo y cogiéndole un puño á don Miguel. Perdona: en este puño tienes una hilacha: dame acá...

Don Miguel. Déjate ahora...

Don Moisés. Cortándole la hilacha, quieras que no. Pero ¿qué trabajo me cuesta, tonto? Chico, ¿sabes que estás temblando?

Don Miguel. Un poquillo nervioso estoy hace días... No es cosa mayor... Pausa. Mario y don Moisés se miran alarmados. Don Miguel hace esfuerzos para tomarle la embocadura al

asunto. Bueno, pues... los he reunido á ustedes... porque... A mí me cuesta una violencia indecible... un trabajo tremendo...

Mario. (¡Hum!...)

Don Moisés. (¡Ciertos son los toros!) Con resolución y frescura. Chico, sea lo que sea lo que á decirnos fueres, agrio, dulce ó agridulce, á nosotros, viniendo de ti, *parecerános* miel sabrosa. ¡Ah! ¡cuántas veces me habló de esa tu timidez infantil aquella santa que desde el cielo nos está mirando!

Don Miguel. Moisés: un favor, antes de seguir adelante: no te acuerdes de mi mujer para nada.

Mario. Que no la nombre querrá usted decir; que no se acuerde de ella es muy difícil.

Don Miguel. Eso: que no la nombre es lo que le pido.

Don Moisés. (Me falló el resorte de ultratumba.)

Don Miguel. Tenemos no poco de que hablar. Cuando hace dos meses... ¿No hace dos meses que vinieron ustedes á mi casa?

Mario. ¡Qué sé yo, don Miguel! ¿Quién cuenta las horas de la dicha?

Don Moisés. A mí me han parecido dos días... Pregúntale al pájaro que vuela...

Don Miguel. No, al pájaro no le pregunto nada. Te lo pregunto á ti, que es igual.

Don Moisés. (Me ha llamado pájaro.)

Don Miguel. Pero, bien; haga el tiempo que hiciere... El resultado es que yo, con harto dolor de mi alma, Dios lo sabe, me veo en el duro caso de decirles á ustedes que esta situación no puede prolongarse más tiempo.

Pausa. Los Galeotes se quedan cuajados.

Don Moisés. (No es lo mismo decir «Moros vienen» que verlos venir.)

Mario. Levantándose de repente. Papá, vámonos.

Don Miguel. No, Mario, no... si no es eso...

Mario. ¡Sí es eso, don Miguel!

Don Moisés. Este chiquillo tiene una idea tan exagerada del honor...

Don Miguel. (A mí no me parece tan exagerada.)

Don Moisés. Siéntate, Mario, siéntate. Vamos á explicarnos; vamos á medir el pro y el contra...

Mario. Permaneciendo de pie. Se conoce, señor don Miguel, que lee usted con frecuencia el *Quijote.*

Don Miguel. Y eso, ¿á qué viene?

Don Moisés. Adulando. Lo mismo se me ocurre á mí: ¿á qué viene eso?

Mario. A que no ha podido decirnos en un castellano más claro que nos vayamos á la calle.

Don Miguel. Ni lo he dicho así, ni soy capaz de decirlo, ni es usted quién para darme lecciones de cortesía.

Mario. Bien está. No he pretendido molestar á usted. Sé cuánto le debo y á lo que me obliga la gratitud. Mi padre y Carita podrán hacer lo que mejor estimen: yo esta misma tarde me voy. Hasta después. Tomando su sombrero y marchándose por la puerta de la librería. (Me voy... pero *me quedo* en lo mejor de la casa, que es lo que no sabe este tonto.)

Don Miguel y don Moisés se levantan.

Don Moisés. ¡Su abuelo! ¡Idéntico á su abuelo!

Don Miguel. Pero, oiga usted, Mario...

Don Moisés. Es inútil: no volverá la cara.

Don Miguel. ¡Mario!

Don Moisés. ¡Te digo que es su abuelo!

Don Miguel. ¿Era sordo su abuelo?

Don Moisés. ¡Un verdadero caso de *estrabismo!* Míralo: se fué. ¡Galeote de pies á cabeza! Galeotti, mejor dicho, porque nuestro apellido es italiano. Galeotti, con dos tt. A principios del siglo pasado perdimos una t...

Don Miguel. (Y á fines de este la vergüenza.)

Don Moisés. Y ya con una t nada más, yo, español sobre todo, ni más ni menos que tú mismo, porque yo por Cervantes me dejo cortar las orejas, españolicé el apellido y convertí la i final en e. Y eso que un tío mío, repostero en Milán...

Don Miguel. Pero ¿crees tú que es esta ocasión oportuna para hablar del linaje?

Don Moisés. Dispensa, chico: ha sido una digresión... Vamos á ver si nos ponemos de acuerdo.

Don Miguel. No, no; si aquí no hay más acuerdo que el mío. Ciertas determinaciones las pienso mucho; tanto como dejo de pensar otras, ¿sabes? Y cuando tomo alguna de esas meditadas, es porque estoy seguro de que no puedo ó no debo proceder más que así.

Don Moisés. Con cara de vinagre. ¿Eso quiere decir que tiene razón Mario?

Don Miguel. ¿Cómo?

Don Moisés. ¿Que nos echas de tu casa á escobazo limpio?

Don Miguel. ¡Moisés!

Don Moisés. ¡Faraón, qué caray! Viéndose perdido la echa por la tremenda. ¡Hora es ya de que dé salida al surtidor de la fuente de mi indignación! No me coge de nuevas lo que me has dicho: ¡lo esperaba! ¡Es mucha presión la que noto hace días! ¡Por todas partes caras tiesas; en todas las conversaciones palabras duras; se me espían los pasos; se me mide el pan; se me tasa el vino; se me cuentan las croquetas porque me gustan!...

Don Miguel. ¡Moisés, no seas bajo!

Don Moisés. ¡Bien! ¡muy bien! ¡Los grandes hombres! ¡los hombres de ancho espírítu! ¡Por tres indecentes días más que íbamos á estar en tu casa, la has querido pringar á última hora! Agarrándose á la retórica á la desesperada. Y mi comportamiento aquí, y el interés que por tu hogar *heme* tomado, y mis afanes por ganar di-

nero, y el cariño derramado como blando rocío sobre todos vosotros, nada significan, nada valen, nada pesan... ¡viento que pasa por las cumbres sin dejar rastro! He dicho antes que lo esperaba, y he dicho mal: te confieso que no esperaba esta ingratitud.

Don Miguel. Moisés, me estás haciendo temblar de ira. Agradece á Dios que tengo en cuenta quién eres y quién soy y lo que me debo á mí mismo, que si no... Pero bien está todo, con tal que acabemos.

Don Moisés. Abandonando definitivamente el estilo florido como cosa inútil. ¡Sí, hombre, sí, acabemos! ¡Me das una patada en la barriga y me echas á la calle! ¡Qué bonito! ¡qué caballeroso!

Don Miguel. ¡Moisés!

Don Moisés. ¡Sí, hijo, sí: me echas á la calle! ¡La cosa no tiene otro nombre! ¡Me echas á la calle!

Don Miguel. ¡Bueno, sí; basta ya: te echo á la calle! ¡ea!

Don Moisés. ¡Así, así, sin eufemismos! ¡con todas sus letras asquerosas! ¡A la cochina calle, á que me den morcilla!

Don Miguel. ¡Á que no estés más tiempo en mi casa!

Don Moisés. ¡Descuida, hombre: no me lo repitas otra vez! ¡Ya me voy! ¡No te queda más que escupirme á la cara! ¡Escúpeme si se te antoja! ¡Anda, hombre! ¡Y si quieres me tiraré en el suelo, para que me pises también! ¡Y que tu niña me registre el baúl, como á las cocineras!

Don Miguel. ¿Quieres irte?

Don Moisés. ¡Sí, hijo, sí! ¡Ya lo creo que me voy! ¡Vaya si me voy! ¡Y cuenta que sacudiré las botas al salir, como Santa Teresa en la Coruña! Entrase hecho una fiera por la puerta que conduce al interior.

Don Miguel. ¡Jesús, Jesús, Dios mío! Me ha obligado á igualarme con él ese canalla...

De la tienda sale JEREMÍAS, y CARITA y GLORIA del interior.

Jeremías. ¿Te han pegado ya?

Gloria. Papá, por Dios, qué escándalo... Don Moisés va ciego... me ha dado un empellón...

Carita. Y á mí un par de guantadas...

Gloria. ¿Qué sucede?

Don Miguel. No sucede más sino que acabo de plantar en la calle al padre y al hijo.

Gloria. Sin poder reprimirse. ¿A Mario también?

Don Miguel. ¡A los dos! ¡Miserables! ¡villanos! ¡Y mientras el cuerpo me haga sombra no volverán á pisar el suelo de esta casa, donde no ha habido para ellos más que cariño y compasión!... Acercándose á Gloria, que se ha dejado caer llorando en una silla. Gloria, hija mía, ¿qué te pasa?

Carita. ¿Qué te pasa, Gloria?

Don Miguel. ¿Qué es eso, hija?

Carita. ¿Qué tienes?

Don Miguel. ¿Por qué lloras?

Jeremías. Cantando.

Con el capotín, tín, tín, tín...

Don Miguel. Con profunda pena y energía. ¡Calla: no aciertes esta vez!

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

La misma decoración del acto primero, con loro y todo. Es de noche. Luces en el escaparate y en la tienda.

—

PEDRITO se pasea lleno de impaciencia recitando maquinalmente versos de «Don Alvaro». GLORIA, nerviosa é inquieta, manifiesta impaciencia asimismo, y de vez en cuando mira por el escaparate y por la puerta hacia la calle.

Pedrito. *Para Curra el overo,*
para mí el alazán gallardo y fiero...

Gloria. Pero no seas tonto, Pedrito; ¿por qué no te vas?

Pedrito. ¿Yo qué he de irme antes que vuelva don Miguel?

Gloria. Te advierto que mi padre ha de tardar mucho.

Pedrito. Pues me va á reventar, vive Cristo.

Para Curra el overo,
para mí el alazán gallardo y fiero...

Luego, como á don Jeremías le ha dado también la ventolera por largarse...

Gloria. (Esa es mi fortuna.)

Pedrito. *Para Curra el overo...*

La culpa de todo me la tengo yo por no haberle advertido á tu padre que esta noche hacíamos el *Don Alvaro* en casa de doña Guadalupe.

Gloria. Pues por eso te digo que te vayas, inocente.

Pedrito. No, no, no, no...

Gloria. Si yo me quedo al cuidado de la tienda...

Pedrito. No, no, no...

Gloria. (¡Qué suplicio!)

Aparece MARIO en la calle por detrás del escaparate, y Gloria, sin que Pedrito la vea, le hace señas de que se vaya y aguarde un poco. Mario obedece.

Pedrito. *Para Curra el overo,*
para mí el alazán gallardo y fiero.

¡Y que no tengo nada que hacer; es broma! Tengo que ir á mi casa por alguna ropa; tengo que ir á casa de Roquete; tengo...

Gloria. ¿Tienes más que tomar la puerta?

Pedrito. Todavía puedo esperar un ratillo.

Gloria. (¡No se irá!)

Pedrito. Por supuesto, esta noche me juego yo la reputación.

Gloria. Pero, ¿tú tienes reputación?

Pedrito. La tenga ó no la tenga me la juego esta noche. Imagínate que el mes pasado presentaron allí á uno de Cabra con muchas pretensiones, que me está minando el terreno y quiere quitarme los primeros papeles... Pero se la lía al dedo. ¿Tú no me has visto á mí el *Don Alvaro?*

Gloria. Sí; lo haces muy bien. Véte aprisa á aplastar al de Cabra.

Pedrito. ¡Qué versos tan hermosos tiene!

...La jaca torda,
la que cual dices tú los campos borda,

la que tanto te agrada
por su obediencia y brío,
para ti está, mi dueño, enjaezada;
para Curra el overo.
Para mí el alazán gallardo y fiero.
¡Oh, loco estoy...!

Gloria. Sí, sí que estás loco de remate.

Pedrito. Ya verá, ya verá el de Cabra lo que es canela fina.

Gloria. (Nada, no me deja; no hablaré con él... Va á ser inútil cuanto he hecho.)

Pedrito. Los aficionados, unos imitan á Calvo y otros á Vico. Yo no. Mejor ó peor, yo tengo escuela propia. Mira, Vico, las noches de buena entrada decía esto así:

¡Sevilla! ¡Guadalquivir!
¡Cual atormentáis mi mente!...

Calvo era otra cosa: Calvo lo decía de esta manera:

¡Sevilla! ¡Guadalquivir!
¡Cual atormentáis mi mente!...

Pues mira como lo digo yo: verás qué diferencia:

Sevilla... Guadalquivir...
Cual atormentáis mi mente...

Así, con naturalidad absoluta; sin darle importancia ni al Guadalquivir ni á Sevilla, ¿comprendes tú?

Gloria. (¡Jesús, qué desesperación!)

Pedrito. Mirando su reloj desasosegado. Y tu padre sin venir todavía... Como este otro detalle, que siempre me vale una ovación. Llega don Alfonso á la celda en que está don Alvaro, decidido á comérselo, y le pregunta

con mucha fiereza: «¿Me conocéis?» Y don Alvaro le responde: «No, señor.» Bueno, pues este «No, señor» lo digo yo divinamente. «¿Me conocéis?» «No, señor.» Así, encogiéndome de hombros. Es como si le dijera: ¿sabe usted que no caigo en este momento? Naturalidad, hombre. La escuela moderna.

Gloria. Te estás entusiasmando mucho y vas á llegar tarde. Y luego me echarás á mí la culpa.

Pedrito. Volviendo á mirar el reloj. A la media me voy.

Gloria. (Me consumo de impaciencia, Dios mío.)

Pedrito. Pero mi escena, mi *clou,* está en la jaca torda. Cuando don Alvaro se quiere llevar á doña Leonor.

Gloria. Muy turbada. ¿Qué dices?

Pedrito. Sí, mujer; ¿no te acuerdas? En el primer acto. Ella duda, vacila, está temerosa, sobresaltada... Y él entra resuelto, con el ímpetu del amor...

Angel consolador del alma mía...

¿Qué tienes?

Gloria. Nada... no tengo nada... (Se me figura que todo el mundo lee en mi frente.)

Pedrito. *¿Van ya los santos cielos*
á dar corona eterna á mis desvelos?

Y le dice la mar de finezas para infundirle ánimos. Doña Leonor, la pobre, aunque está enamorada de él, no se decide, se acuerda de su padre...

Gloria. Se acuerda de su padre, es verdad...

Pedrito. ¡Qué escena más hermosa! Hasta que al fin y al postre llega el Marqués con la espada desnuda...

¡Vil seductor! ¡hija infame!

Gloria. ¿Quieres dejarme en paz, Pedrito?

Pedrito. Y hay que oirme entonces á mí; bueno, á don Alvaro: Como quien se bebe un vaso de agua. *Vuestra hija es inocente... más pura que el aliento de los ángeles que ro-*

dean el trono del Altísimo. La sospecha á que puede dar origen mi presencia aquí á tales horas, concluya con mi muerte...

Gloria. Pedrito, por Dios, que no tengo los nervios para dramas...

Pedrito. Sí que te veo alteradilla esta noche. (A esta chica le pasa algo. Ese pícaro de Mario la ha vuelto del revés.)

Gloria. Tú me has puesto así con tus versos y tus impaciencias. Echa á correr ya, y el diablo que te lleve.

Pedrito. No voy á tener más remedio para no caer en falta.

Gloria. Véte, véte; sí.

Pedrito. Dile á don Miguel lo que hay.

Gloria. Sí, hombre, sí; por mi padre no temas.

Pedrito. Pues adiós: hasta mañana si Dios quiere.

Gloria. Adiós.

Pedrito. Poniéndose sombrero y capa y yéndose escapado.

Al primer grande español
no le cedo en jerarquía:
es más alta mi hidalguía
que el trono del mismo sol.

Gloria. ¡Ya quiso Dios! Al fin me dejan sola y podré hablarle... Le haré señas para que entre. Por fortuna, Carita, que es la única persona que queda en la casa, se ha echado un ratillo. Va hacia la puerta; se detiene de improviso azorada mirando aquí y allá; procura tranquilizarse, y al ir de nuevo á avisarle á Mario sale CARITA de la trastienda. ¿Eh? creí que venían... ¡Dios mío, qué trabajo me cuesta!

Carita. Gloria, ¿qué haces?

Gloria. ¡Carita!

Carita. ¿Te has asustado, mujer?

Gloria. Como pensé que estabas en tu cuarto... y me he quedado sola...

Carita. ¿Se fué Pedrito?

Gloria. Se fué... Lo vi tan impaciente que me dió lástima retenerlo... ¿Y tú, te has aliviado del dolor de cabeza?

Carita. Sí; ya estoy bien. Sentándose. Te haré compañía.

Gloria. Como quieras. (¿Será Dios quien me pone tantos obstáculos?)

Carita. ¿No te sientas?

Gloria. No. Los nervios no me lo permiten esta noche...

Carita. ¿A ti tampoco? Pues júntate conmigo y vaya un par. Llevo unos días crueles. Ahora mismo me quedé traspuesta un instante y soñé que mi padrino era uno de esos tíos de las alcantarillas. Se acercó á mí con un farol y unas botas muy grandes que armaban ruido de cadenas, como en los cuentos, y me dijo, dice: «Mira á lo que me veo reducido por habernos abandonado tú.» Y lo bueno es que yo me eché á reir como una tonta y le contesté: «Padrino, usted y sus hijitos en la alcantarilla tenían que parar.»

Gloria. Los disparates de los sueños. (Estoy volada.)

Mario se asoma á los cristales del escaparate, mira hacia dentro, y al ver allí á Carita se retira contrariado.

Carita. Como que no se me cae de la imaginación esa gente.

Gloria. Hoy hace quince días que se fueron.

Carita. Parece que sin ellos me falta algo.

Gloria. (Y á mí también.)

Carita. Y cuenta que no será por los buenos ratos que he pasado á la verita suya. Yo nunca te he hablado de estas cosas, porque ni siquiera de ellos me gusta hablar mal; pero, hija, me trataban lo mismo que á un perro. Bueno, lo mismo que á una perra. «Carita aquí» «Carita allá» «¡Carita, empeña esto!» «¡Carita, saca lo tro!» «¡Carita, busca dinero!» «¡Carita, á ver cómo al-

morzamos!» «Carita ¡pun! ahí te va ese confite»: una bofetada. Porque bofetada que se perdía y palo que no encontraba colocación, ya lo sabían mi cara y mis costillas: ¡á ellas iban derechos! Y yo, nada; resignarme y callar... Más tonta he sido...

Gloria. Exageras mucho, Carita. Si eso fuera así, ¿cómo ibas á echarlos de menos?

Carita. Muy sencillo, mujer... ¿Tú te has sacado alguna muela?

Gloria. Sí...

Carita. Pues así los echo yo de menos. Igual, igual. Noto vacío el sitio donde estaba una cosa que me ha hecho rabiar los imposibles. No puedes tener idea de dos *raigones* como el padre y el hijo. Hablo de Mario y don Moisés, que los otros son peores todavía. Don Moisés es un bellaco de lo más gordo que Dios se ha entretenido en criar; si es que Dios se entretiene en criar bellacos, que me parece muy bajo entretenimiento para Dios, y él me perdone si digo alguna herejía, aunque estoy en que no; pero, en fin, yo se lo consultaré al cura el domingo... Bueno, pues don Moisés, como te digo, es un bellaco, y Mario media docena de bellacos metidos en un solo cuerpo.

Gloria. Con espontáneo arranque. ¡Mientes, Carita!

Carita. Levantándose asombrada. ¿Qué?

Gloria. ¡Mientes! ¡No conoces á Mario!

Carita. ¿Que no conozco á Mario, infeliz? ¿Y tú sí le conoces?... Gloria, ahora veo claro lo que tanto temía. Te ha trastornado el seso ese bribón...

Gloria. Con honda pena. ¡Cállate, Carita!

Carita. ¡No quiero! Para algo estoy aquí.

Gloria. Angustiada. Cállate, por Dios... Pero no, no te calles... Habla, di lo que sepas... ¡Yo no puedo más con este secreto que me pesa como una montaña sobre el corazón! Tú eres buena, tú eres honrada, tú no me engañarás... Dime, dime cosas de Mario. No me dejes sola.

no me abandones... Te confieso que estoy enamorada de él... no me dejes sola... que iré adonde él quiera llevarme... no te vayas tú... que no tengo más voluntad que la suya... no te apartes de mí.

Carita. Descuida: aquí me tienes. Serénate un poco. ¡Qué desgracia, Señor, qué desgracia!

Gloria. Estoy aterrada, estoy loca...

Carita. Tranquilízate y ven acá. Se sientan. ¿Tú has vuelto á hablar con Mario?

Gloria. Á hablarle... no... á verlo... sí.

Carita. ¿Te escribe?

Gloria. Casi todos los días...

Carita. Atando cabos. Ya decía yo... Espérate. ¿Á que te trae las cartas el verdulero?

Gloria. El mismo.

Carita. La que á mí se me vaya por alto... Si lo vi yo un día... ¿Habrá tío sinvergüenza? Mañana se va á comer toda la verdura. Pedrito fué quien me puso sobre la pista... Observó que Mario pasaba con frecuencia por la calle, y el pobre se alarmó temiendo alguna fechoría. Como también ha sido víctima de ellos... Creo que le han sacado diez duros, un par de botas y una petaca de piel de Rusia.

Gloria. Bueno, di...

Carita. Di tú primero. ¿Qué intenta él? ¿cuáles son sus propósitos? Tú ¿qué le dices?

Gloria. Él... todo se vuelve querer sacarme de mi casa.

Carita. ¡Bandido!

Gloria. No; si yo no quiero...

Carita. Pero él te lo propone.

Gloria. Sus cartas me parten el alma...

Carita. No lo creas.

Gloria. Son tan sinceras, tan nobles, tan llenas de amor...

Carita. No lo creas.

Gloria. Sí lo creo, sí. Él será muy malo contigo, con todos, pero conmigo es bueno... me quiere mucho...

Carita. Lo primero que hace falta para querer es el corazón, y Mario no lo tiene. Gloria, abre los ojos: Mario es un miserable, un egoista sin entrañas...

Gloria. Con dolor profundo; resistiéndose á creer á Carita; levantándose. ¡No!

Carita. ¡Sí! Perdona que te desgarre el alma. No eres tú la primera mujer á quien pretende embaucar y hacer suya.

Gloria. ¿Qué?

Carita. Lo que oyes. Con la mayor frescura se echa novias y novias en cuanto huele una buena presa.

Gloria. ¡Ah! Déjase caer sollozando en la silla.

Carita. Es un desalmado. Recuerdo que una vez que tenía ropa negra le hizo el amor á una marquesita muy linda, la marquesita se prendó de él—porque, eso sí, Dios le ha dado figura y labia y muchísima suerte, ¡parece mentira!—y otra vez vuelvo á meterme con Dios, y esto va á acabar mal si Dios no tiene en cuenta mis intenciones... Ya he perdido el hilo: ¿en qué estaba yo? Ah, sí. Te contaba que la marquesita se prendó de él, que el señor marqués se enteró de quién era Mario, y que cuando menos lo esperaba se encontró con un pie de paliza de lacayos y cocineros, que me río yo. Es decir, no me río, porque á mí el mal de nadie me hace reir. Pero merecido, ¡vaya si lo tenía! Pues él, como si no: en cuanto se le quitó el dolor de los cardenales, tan fresco.

Gloria. Me aterra el oirte, Carita.

Carita. ¿Te aterra? No sabes... Si esa aventura no vale nada... Como que es de las pocas en que él ha salido con las manos en la cabeza. Yo quisiera ahora, para desengañarte de una vez, poder contarte en un momento todo lo que sé, todo lo que he visto, la historia negra de ese hombre. A mí no se me olvida un día en que llamó á la puerta de casa preguntando por él una mu-

chacha con un niño en los brazos, y Mario salió y la tiró á empujones por las escaleras.

Gloria. ¡Oh! Horrorizada, se cubre el rostro con las manos.

Carita. De eso es capaz el hombre que dice que te quiere. No tiene conciencia. Si la tuviera, no podría con el peso de los remordimientos, yo te lo fío. Pero como la conciencia anda por las nubes, y él no se levanta un palmo del fango de la calle, ahí lo ves, intentando una nueva hazaña. Y mira á quién eligió como señora de sus ruines pensamientos: á la hija de quien le dió salud, sosiego, cariño y un pedazo de pan para que no se muriera de hambre.

Gloria. ¡Jesús! Me hablas de una manera que, á medida que te oigo, siento que se me llena el alma de una sombra muy triste... y aunque parezca absurdo, de una luz que si no es alegre es muy clara... Voy viendo dentro de mí cosas que nunca he visto; y es que el espanto me abre los ojos y veo... veo... ¡Qué horror!... ¡Júrame que no me mientes, Carita!

Carita. Gloria, ¿me supones capaz...?

Gloria. No. Pero júramelo.

Carita. Después de besar la cruz. Ya está jurado.

Gloria. ¿Por quién?

Carita. Por mi madre, á quien no conocí.

Gloria. Verás entonces... Corre hacia la puerta.

Carita. Corriendo tras ella. ¿Adónde vas?

Gloria. A llamarlo.

Carita. Pero, ¿está ahí?

Gloria. Ahí está.

Carita. ¿Mario?

Gloria. Mario. Me espera para hablar conmigo, para convencerme... Con invencible pena. ¡Ay!... Por eso he procurado quedarme sola...

Carita. Felizmente estoy yo al lado tuyo. Llámalo.

Gloria. Sí. Se asoma violentamente á la puerta y hace señas á Mario.

Carita. Y ahora, véte.

Gloria. No.

Carita. Véte: no lo has de ver.

Gloria. ¿Cómo?

Carita. No quiero: no lo merece. Por mi madre te he jurado que no te engaño. Por la tuya te pido que me dejes con él.

Gloria. ¡Carita!

Carita. ¡Por tu madre, Gloria!

Gloria. Quiero verlo de cerca, hablarle, leer en sus ojos...

Carita. Leerás lo que tú quieras, no lo que digan.

Gloria. Ya no.

Carita. ¡Lo mismo! Entra ahí. Empujándola hacia la puerta de la trastienda, junto á la cual están. Véte lejos...

Gloria. ¡Carita, por la Virgen!

Carita. Conseguirás que entere de todo á tu padre.

Gloria. ¡Eso no!

Carita. Pues véte.

Gloria. Ya me voy. Llorando. ¡Parece que me he quedado sin alma!

Carita. La tiene él; pero yo la arrancaré de sus manos. Ahí viene: huye.

Vase Gloria corriendo, como horrorizada, pero mirando hacia la puerta de la calle, por donde llega MARIO.

Mario. Con vehemencia. ¡Gloria!

Carita. Volviéndose hacia él. No es Gloria: es Carita.

Mario. ¿Qué? Pues ¿no fué Gloria quien me llamó?

Carita. Justamente; pero la que va á hablarte es Carita.

Mario. ¡Siempre tú! Yo no tengo nada que ver contigo. Adiós. Me voy.

Carita. No te vas.

Mario. ¿Cómo?

Carita. Que no te vas.

Mario. ¿Quién eres tú para impedírmelo?

Carita. Escucha: Gloria te quería...

Mario. ¡Y me quiere!

Carita. Te equivocas: ya no.

Mario. ¿Que no? Avanzando hacia ella. Pues ¿qué le has dicho?

Carita. ¿Ves cómo no te vas?

Mario. ¿Qué le has dicho, Carita?

Carita. Poca cosa: nada: una pequeña parte de lo que eres.

Mario. Lleno de ira. Si no me pareciera una cobardía, te cruzaba la cara.

Carita. Hazlo, tonto; no será la primera vez.

Mario. Merecías que lo hiciera. ¡Así pagas la hospitalidad que te hemos dado en mi casa tantos años!

Carita. Mucho mejor que pagas tú la que te han dado aquí.

Mario. (Me conviene más ir por las buenas.) Pero, vamos á ver: ¿es acaso un crimen enamorarse? ¿Qué mal hay en ello? ¿Quién ve á Gloria y no la quiere con locura? ¡Pues mi delito no es otro que haberla visto! Porque la vi la quiero.

Carita. Eso del querer es muy complicado. Quererla... ¡ya lo creo que la querrás!... Pero no la quieres.

Mario. ¿Qué sabes tú? A todos nos llega nuestra hora. Créeme, Carita: los hombres vamos dando tumbos por el mundo adelante, desorientados, ciegos, caminando entre sombras, hasta que la luz de unos ojos nos detiene, nos encanta y nos sirve de guía... Siguiendo el rastro divino de los de Gloria he de ir yo donde ellos quieran llevarme... ¡Ay de aquel que me estorbe el paso!

Carita. Yo: tan indefensa y todo: yo. Y no me asusto de arranques de guardarropía.

Mario. Criatura... no hagas eso. No lo hagas, por lo que más quieras en el mundo. No es amenaza, es súplica. Mira que el amor de Gloria me ha vuelto otro. Yo no sé qué resplandor celeste ha metido dentro de mí,

ni cómo explicar este cambio mío... Ello es que si tengo una mala idea, una mano suave y delicada viene y me la quita de la frente; y si en mi pecho arde una pasión indigna, la misma mano con sus caricias acude á apagarla...

Carita. Pues trabajo le mando á la mano.

Mario. ¡Carita, no te burles de lo que te digo!

Carita. Cállate ya, hipócrita, declamador, farsante...

Mario. ¡Carita!...

Carita. Carita es una hormiga, pero no se asusta de ti por más que te las eches de león. Con Carita no te valen ni recursos de drama ni párrafos floridos; Carita se ha quedado en esta casa porque temía algo de esto; Carita quiere, ya que no borrar la huella de vuestra conducta, servir de barrera para que no paséis adelante... Así vuestro recuerdo no será tan amargo. Eso me tenéis que agradecer todavía.

Mario. ¿Sí, eh? Con mucho énfasis. ¡Lo que por lo visto quiere Carita es que yo pierda la cabeza y haga aquí un escarmiento terrible!

Loro. No te tires, Reverte.

Mario. Sin darse cuenta de lo que ha oído. ¿Qué?

Carita. Conteniendo la risa. Es el loro.

Mario. ¡Pues á ver si empiezo por el loro!

Loro. No te tires, Reverte.

Mario. (Se me ha venido el ridículo encima de golpe y porrazo.) ¡Carita, llama á Gloria!

Carita. No quiero.

Mario. ¿Que no quieres? La llamaré yo. Gritando. ¡Gloria!

Carita. Es en balde, Mario: no vendrá.

Mario. Lo veremos. Va hacia la trastienda llamando. ¡Gloria! ¡Gloria!

Carita. Ahí tienes á su padre.

Mario. Azorado. ¿Eh?

Carita. El Señor nos valga.

Llega DON MIGUEL de la calle.

Don Miguel. ¿Qué es esto, Mario? ¿qué hace usted aquí?

Mario. Don Miguel...

Don Miguel. ¿Qué hace usted en mi casa, le pregunto? Cuando salió de ella, le rogué á usted que no volviese. ¿Por qué ha vuelto?

Carita. Don Miguel...

Don Miguel. Calla tú.

Carita. Permítame usted que tome la palabra. Ha venido por mí.

Mario. (Me ha salvado.) Justo... por ella...

Don Miguel. ¿Por ti, Carita? (Yo sabré la verdad.)

Carita. Lo manda su padre... Dicen que no se acostumbran á mi falta...

Don Miguel. ¿Y tú que has respondido?

Carita. Que no me voy: que también hago falta aquí.

Don Miguel. Ya lo oye usted. Yo no la violento: hace su voluntad.

Carita. Ni más ni menos. Y será inútil que te empeñes, Mario. Cuantas veces vuelvas á lo mismo, te marcharás solo. ¿Te enteras bien? ¡Solo!

Don Miguel. Por eso lo mejor será que no vuelva. Carita se ha acostumbrado á nosotros, y nosotros á ella. Vivimos felices; nos estorba la gente, ¿entiende usted?

Deja la capa y el sombrero que trae puestos y se pone la gorra.

Mario. Entiendo, sí, señor, entiendo. No es la primera vez que le digo á usted que tiene unas despachaderas que dan gozo.

Don Miguel. Pues á ver si es la última. Se sienta al brasero.

Mario. Lo será. (¡Lo he perdido todo! Procuraré caer gallardamente.) Carita... hermana mía... adiós. Juntos hemos crecido... juntos hemos reído... juntos... juntos... (No, no me sale el párrafo: es inútil.) ¿Para qué decirte

lo que no has de entender? Adiós. Señor don Miguel, beso á usted la mano.

Don Miguel. Abur, amigo.

Mario. Yéndose. (¡Con lo menos que se contenta mi padre es con volar la casa!) En la puerta tropieza con JEREMÍAS que llega, y le pisa un pie.

Jeremías. ¡Ah!... Viendo que Mario no se disculpa. Se dice «Usted dispense.»

Mario. Parándose un momento. Eso es cuando se pisa á una persona.

Jeremías. Ese pajarraco no ha venido aquí á nada bueno.

Don Miguel. Te diré.

Jeremías. Ese pajarraco...

Don Miguel. Aguarda, hombre.

Jeremías. No ha venido aquí á nada bueno.

Don Miguel. Como que ha venido por Carita.

Jeremías. ¿Por Carita?

Carita. Sí, señor; por mí... por mí...

Jeremías. Miguel, mucho me escamo. ¡Ojo al Cristo, que asan carne! Soy contigo en seguida. Vase al interior de la casa.

Carita. ¡Qué mal pensado es!

Don Miguel. Por eso acierta casi siempre. ¡Ojalá fuera yo lo mismo! ¿Y Gloria?

Carita. Allá dentro está: ¿quiere usted verla?

Don Miguel. Levantándose. Espera un poco. Antes vas á darme una prueba de tu lealtad. ¿A qué ha venido Mario?

Carita. Ya se lo he dicho á usted, don Miguel.

Don Miguel. ¿Te obstinas en eso?

Carita. ¿Y qué quiere usted que le haga?

Don Miguel. Por Dios, Carita de mi vida, no me engañes tú; mira que si tú me engañas también voy á morirme de tristeza. ¿Ha venido Mario á ver á mi hija?

Carita. Con timidez. Sí, señor... ha venido á verla...

Don Miguel. ¡Ah!

Carita. Pero no la ha visto... Lo he impedido yo...

Don Miguel. Con ansiedad. ¿Y ella estaba de acuerdo?... ¿Tú sabes?...

Carita. Todo. Todo me lo ha confesado la pobrecilla... hecha un mar de lágrimas.

Don Miguel. A ver... habla, cuéntame...

Carita. Es más buena que el pan. Da lástima oirla. Ese bribón de Mario la ha traído engañada... la ha vuelto loca... Pero yo le he quitado ya la venda de los ojos. No tema usted. Si no se lo declaré así al principio, fué porque quise evitarle este nuevo dolor; pero como usted me lo ha rogado... No tema usted, no tema usted, vuelvo á decirle. Gloria sabe ya lo que es Mario, y basta. A Mario se le podrá querer viéndolo por fuera; pero cuando se conoce lo que lleva por dentro, ni el mismo amor halla disculpa á tanta ruindad... Ahora sólo nos queda un trabajo: consolar á Gloria y procurar que olvide pronto... ¡Pobrecita!

Don Miguel. ¡Pobrecita, sí! ¡Qué bien hice, criatura, al dejarte aquí con nosotros! Algún alivio había de hallar á mi desengaño. ¿Hasta dónde iba á llegar la maldad de esa gente, Dios mío? ¡Qué sé yo! ¡Sólo el imaginarlo me asusta!... No bastaba el burlarse de mí, el insultarme, el enlodar mi casa, el no agradecer el bien recibido... ¡Faltaban las pedradas!

Carita. ¡Maldita sea la hora en que entramos todos aquí!

Don Miguel. Eso no; bien hecho está lo hecho. Se sienta en su sillón. Si al resultado vamos, dime tú á mí quién lleva la peor parte: nosotros los perdemos á ellos y ellos á nosotros. Ya ves qué diferencia. Pero esto no quita que duela, que lastime...

Sale JEREMÍAS por donde se fué.

Jeremías. ¿Qué te ocurre, Miguel? Estás mustio, abatido... Déjate de sensiblerías y abre el ojo.

Don Miguel. ¡Ay, Jeremías de mis culpas!... Dichoso tú, que vives independiente y feliz, y no tienes más amigo que tu loro, y oyes llorar y te haces la ilusión de que llueve, y ves á quien padece hambre y te quitas las gafas... Préstame tu corazón y tus ideas para andar por el mundo, que yo cogeré las mías y el mío y los colgaré en la pared de mi alcoba, junto á aquella espada vieja que tengo allí y que maldito de Dios para lo que me sirve...

Carita. (¡Pobre señor!)

Don Miguel. Levantándose. Voy á ver á mi hija.

Carita. ¿Para qué, don Miguel? ¿No vale más que lo deje usted para mañana?

Jeremías. ¿Dónde está Gloria?

Carita. En su cuarto; pero está llorando la pobrecilla...

Jeremías. ¿Llorando?

Don Miguel. Por lo mismo quiero verla yo.

Carita. Déjela usted que se serene, que pase el mal rato, y entonces...

Viene CATALINA de la calle descompuesta, jadeante, escandalizada. Apenas puede hablar. Se sienta en una silla, llamando la atención de todos con sus aspavientos.

Catalina. ¡Ay, Dios mío de mi vida! ¡ay, Dios mío de mi arma! ¡ay, Virgen del Amparo!

Don Miguel. ¿Qué es eso, mujer?

Carita. ¿Qué sucede?

Catalina. ¡Ay, qué zofocación! ¡ay, qué dijusto! ¡ay, qué bochorno!

Don Miguel. ¡Que nos tienes con el alma en un hilo!

Catalina. ¡Ay, qué gente más mala! ¡ay, qué gente más pícara! ¡ay, qué gente más zin vergüenza!

Jeremías. ¡Hola!

Catalina. ¡Ay, qué arrastraos! ¡ay, qué *pajoleros!* ¡ay, qué retunantes!

Don Miguel. Pero ¿quiénes, por Dios...?

Carita. Hable usted.

Catalina. Eza gentuza... ezos tíos... ezos Galeotes...

Don Miguel. ¡Acabáramos! ¿Has visto al hijo?...

Catalina. No, zeñó... He visto ar padre... ¡mala puñalá le den!... ¡mar tiro le peguen!... ¡ze vea más mardecío que la lista grande!

Don Miguel. Basta de maldiciones ya; ¿qué ha pasado?

Catalina. Déjeme usté que me dezahogue, zeñó... ¿Habrá tío charrán? ¡Armanaque lo jagan, pa que tos los días le arranquen argo! ¡Jozú, Jozú, Jozú!... Se levanta. Me lo encontré en la esquina e la cayejuela, á la verita e un coche, cazi enfrente á la caza e Pedrito... y me fuí pa é como una loba á zacarle los ojos...—¿ustés no zaben que me dejó á debé cuatro pezetas?—Lo mismo fué verme vení que me zaluó mu reverenciozo... Y zarto yo y le digo: «Más valía que en vé de tomá coche pagara usté las trampas.» Y zarta é y me dice: «¿Y usté pa qué quié ya er dinero, con loz años que tiene encima?» Y zarto yo y le digo: «Ezo no es cuenta de usté, zo pendón.» Y zarta é y me dice que zoy una bruja. Y zarto yo y le digo que ze yevó de aquí una cuchara. Y zarta é y me dice que ezo no es verdá. Y zarto yo y le araño en la jeta. Y zarta é y me da un bofetón—mardita zea zu casta.—Y zarto yo y le pongo un ojo como er faró de la botica. Y zarta er cochero der pescante, y ze mete por medio. Y principia á zalí gentuza e la taberna, y zale don Calixto con una lagarta, y ze ponen á reirze de mí, y me arranco á la lagarta y le trinco er moño, y eya me trinca er mío, y por poquito nos queamos carvas las dos; y ze para la gente á mirarnos, y á mí me da la razón to er mundo, menos los *guindiyas,* porque no había ninguno; y gracias á que estaba ayí zeñó Romuardo er de la tienda, que me trajo pa acá y me dejó en la esquina, no zalimos tos mañana en los papeles... ¡Jozú, Jozú, qué escándalo! ¡Ay, Virgen de los Reyes! ¡ay, Virgen der Pilá! ¡ay, Virgen de Utrera!...

Carita. Sosiéguese, Catalina, sosiéguese.

Don Miguel. Vaya por Dios, mujer. Pero ¿hasta cuándo va á durar el rastro de ésa gente en mi casa?

Jeremías. Á ver, á ver... Mario aquí... y su padre en la callejuela... y un coche... y... ¿Dónde está Gloria?

Carita. Allá dentro, señor.

Don Miguel. ¿Qué temes tú? Voy por ella ahora mismo...

Catalina. ¡Ay, no azustá!...

Llega PEDRITO despavorido con un palmo de lengua fuera. Trae un lío de ropas en la mano.

Pedrito. ¡Gloria! ¡Gloria!

Don Miguel. ¿Qué pasa?

Carita. ¿Qué es ello?

Pedrito. ¿Y Gloria? ¿Y Gloria? ¿No está aquí Gloria?

Catalina. ¿Ande ze ha metío Gloria?

Pedrito. ¡Va en un coche con los Galeotes!

Grito de espanto; consternación; cada uno tira por un lado.

Las frases siguientes son simultáneas. También lo son los ayes de Catalina y la descripción del suceso que hace Pedrito.

Don Miguel. ¡Mentira! ¡Gloria! ¡Gloria! ¡Hija mía! Entrase en la casa corriendo.

Jeremías. ¡Se fué por el portal! ¡Son unos bandidos! Corre á la calle.

Catalina. ¡Jozú qué infamia!

Carita. ¡No es cierto! Si no puede ser... ¡Gloria! Sigue corriendo á don Miguel.

Catalina. Muy acongojada. ¡Ay, Jozú! ¡ay, qué doló! ¡ay, qué pena de hija! ¡ay, qué desgraciaíta va á zé! ¡ay, que ya ze acabó la alegría en esta caza! ¡ay, eze padre ze va á gorvé loco! ¡ay, vaya por Dios! ¡ay, yo que la he criao en mis brazos! ¡que la he visto crecé! ¡que la quería como á la zangre de mis venas!... ¡ay, pobrecita mía, que la han engañao! ¡ay, qué picardía! ¡ay, qué doló! ¡qué doló! ¡qué doló!

Pedrito. A Catalina, que maldito si le hace caso. La he vis-

to... la he visto... no me cabe duda... Era ella... eran ellos... El coche pasó por delante de mí como un relámpago, cuando yo salía de mi casa... pero pude verlos... Grité... llamé al cochero... Inútil. Corrí... resbalé y di de bruces en las piedras... Perdí de vista el coche... ¿Qué hacer, Dios mío?... Volar... volar á su casa... Y en menos tiempo que lo digo me he plantado aquí. ¡Ay, Catalina! ¡Esto es horrible! ¡esto es cruel! ¡esto mana sangre!...

Sale DON MIGUEL con GLORIA y CARITA, y se encara con Pedrito, el cual al ver á Gloria enmudece de asombro.

Don Miguel. ¿De dónde sacas tú, majadero?...

Catalina. ¡Pero zi está aquí la gloria e miz ojos! ¡Ven acá tú, arma mía! ¡ven acá tú! La abraza y la besa fuertemente, como si quisiera dejarle los besos señalados.

Carita. Este Pedrito, con sus dramas...

Pedrito. Perdón... perdón... mis intenciones... Yo juraría...

Don Miguel. Más vale que no jures.

Catalina. Separándose de Gloria y abalanzándose sobre Pedrito, á quien pellizca. Ahora verás tú, mal ange, ezaborío, lombriz con capa... ¿Te paece bien er zusto que noz has metío en er cuerpo? ¡Toma! ¡toma!

Pedrito. ¡Ay! Perdón otra vez... Pero cuenta que yo no estoy chiflado... que no he visto visiones... Con Mario y con Calixto iba una mujer...

Catalina. ¡La lagarta con quien yo he peleao!

Pedrito. Sí, pero... así de pronto... cualquiera se ofusca... y como yo estaba ya con la mosca en la oreja, por lo que yo me sé, y además me he pasado todo el día recordando el rapto de doña Leonor...

Don Miguel. ¡El demonio del comiquillo este!... Véte, véte, que me has dado el susto más espantoso de mi vida.

Vuelve JEREMÍAS de la calle, y desde la puerta dice á grandes gritos y sin ver á Gloria, á quien tapa Catalina:

Jeremías. ¡Miguel! ¡Miguel! ¡Ni sombra! ¡No parece! Avanzando hacia don Miguel, con los brazos abiertos. ¡Qué tremendo golpe, hijo mío! ¡Te compadezco!... Lo abraza, quedando cara á cara con Gloria, la cual, adelantándose hasta él, sonríe tristemente. Ah, ¿pero está aquí esta? Pedrito suelta la carcajada, lo cual irrita á Jeremías. ¿Quién se ríe? ¡Yo te daré risa, tarambana!

Pedrito. Perdón, perdón, don Jeremías.

Jeremías. ¿Qué perdón?

Don Miguel. Sí, perdonémoslo todos, ya que lo perdonamos mi hija y yo.

Pedrito. Yo... la verdad... con la más sana intención del mundo...

Don Miguel. Sí, hombre, sí... Anda con Dios.

Pedrito. Nunca me arrepentiré bastante, don Miguel. Viendo su reloj. Pues encima me voy á ganar un rapapolvos en casa de doña Guadalupe. Llego con una hora de retraso. Vaya, hasta mañana si Dios quiere. Corre hacia la puerta y se va.

Para Curra el overo,
para mí el alazán gallardo y fiero.

Catalina. Más loco está que un chivo.

Jeremías. ¿Ves, Miguel? ¿ves qué drama si llegan á arrebatarte á tu hija?

Don Miguel. ¡No hables de eso, por Dios, que no es más que una locura tuya y de Pedrito!

Gloria. Con profunda tristeza. No; eso no.

Don Miguel. ¿Qué dices, Gloria?

Gloria. Digo que hay algo de verdad en todo esto. Yo quiero á Mario... Mario venía á llevarme.

Don Miguel. ¡Gloria!

Gloria. He dicho mal: lo he querido... La mejor prueba de que he de olvidarlo es que confieso ahora.

Jeremías. ¿Lo ves?

Don Miguel. ¡Jesús mil veces!

Gloria. No ha sido culpa mía... Perdóname. Y nada temas. A Carita debo el haberme salvado.

Don Miguel. Que Dios te lo pague, Carita.

Gloria. De los Galeotes no queda nada aquí: si algo quedara en mi corazón, yo sabría arrancarlo y echarlo en medio de la calle.

Jeremías. ¡Y si hace falta romperle las muelas á ese mozo, aquí está Jeremías!

Loro. No te tires, Reverte.

Jeremías. Con explosión de júbilo. ¡Ah, Rodríguez! ¡Lo has aprendido ya! ¡Me haces el más feliz de los hombres! ¡Mañana, chocolate con leche!

Don Miguel. ¡Pero qué infamia, qué infamia la de esos Galeotes!...

Catalina. Escarmiente usté, zeñorito, escarmiente usté.

Jeremías. Sí, sí; escarmentar... Ese verbo no está en su Diccionario... Si mañana vienen otros Galeotes...

Don Miguel. Oh, no; yo os aseguro...

Catalina. No azegure usté na: zi vienen mañana, pué zé que no ze cuelen, pero como vengan pazao mañana...

Jeremías. Y después de todo, ¿quieres decirme lo que has sacado en limpio con meter en tu casa á esa gente?

Carita. Saltando con mucho salero. ¡Caramba! ¡conocerme á mí! ¿No valgo yo la pena?

Don Miguel. Es verdad: conocer á Carita, que no es poco.

Gloria. No es poco, no.

Carita. Y yo conocerlos á ustedes, que eso sí que es mucho.

FIN DE LA COMEDIA

Madrid, Setiembre, 1900.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

Esgrima y amor, juguete cómico. (2.ª edición.)

Belén, 12, principal, juguete cómico. (2.ª edición.)

Gilito, juguete cómico lírico. Música del maestro Osuna. (3.ª edición.)

La media naranja, juguete cómico. (3.ª edición.)

El tío de la flauta, juguete cómico. (3.ª edición.)

El ojito derecho, entremés. (3.ª edición.)

La reja, comedia en un acto. (4.ª edición.)

La buena sombra, sainete en tres cuadros, con música del maestro Brull. (6.ª edición)

El peregrino, zarzuela cómica en un acto. Música del maestro Gómez Zarzuela. (2.ª edición.)

La vida íntima, comedia en dos actos. (3.ª edición.)

Los borrachos, sainete en cuatro cuadros, con música del maestro Giménez. (3.ª edición.)

El chiquillo, entremés. (6.ª edición.)

Las casas de cartón, juguete cómico. (2.ª edición.)

El traje de luces, sainete en tres cuadros, con música de los maestros Caballero y Hermoso. (2.ª edición.)

El patio, comedia en dos actos. (4.ª edición.)

El motete, pasillo con música del maestro José Serrano. (2.ª edición.)

El estreno, zarzuela cómica en tres cuadros. Música del maestro Chapí.

Los Galeotes, comedia en cuatro actos. (4.ª edición.) Traducida al italiano con el título de *I Galeoti* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.

La pena, drama en dos cuadros. (2.ª edición.) Traducido al italiano con el mismo título por Giuseppe Paolo Pacchierotti.

La azotea, comedia en un acto. (2.ª edición.)

El género ínfimo, pasillo con música de los maestros Valverde (hijo) y Barrera.

El nido, comedia en dos actos. (3.ª edición.) Traducida al catalán con el título de *Un niu* por Joaquín María de Nadal.

Las flores, comedia en tres actos. (2.ª edición.) Traducida al italiano con el título de *I fiori* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.

Los piropos, entremés. (2.ª edicion.)

El flechazo, entremés. (2.ª edición.)

El amor en el teatro, capricho literario en cinco cuadros, prólogo y epílogo. (2.ª edición.)

Abanicos y panderetas ó ¡A Sevilla en el botijo! humorada satírica en tres cuadros, con música del maestro Chapí.

La dicha ajena, comedia en tres actos y un prólogo. (2.ª edición.) Traducida al alemán con el título de *Das fremde Glück* por J. Gustavo Rohde.

Pepita Reyes, comedia en dos actos. (2.ª edición.)

Los meritorios, pasillo.

La zahorí, entremés.

La reina mora, sainete en tres cuadros, con música del maestro José Serrano. (2.ª edición.)

Zaragatas, sainete en dos cuadros.

La zagala, comedia en cuatro actos. (2.ª edición.)

La casa de García, comedia en tres actos.

La contrata, apropósito.

El amor que pasa, comedia en dos actos. (2.ª edición.) Traducida al italiano con el título de *L'amore che passa* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.

El mal de amores, sainete con música del maestro José Serrano.

El nuevo servidor, humorada.

Mañana de sol, paso de comedia. Traducido al alemán con el título de *Ein sonniger Morgen* por Mary v. Haken.

Fea y con gracia, pasillo con música del maestro Turina.

La aventura de los galeotes, adaptación escénica de un capítulo del *Quijote*.

La musa loca, comedia en tres actos.

La pitanza, entremés.

El amor en solfa, capricho literario en cuatro cuadros y un prólogo, con música de los maestros Chapí y Serrano.

Los chorros del oro, entremés.

Morritos, entremés.

Amor á oscuras, paso de comedia. Traducido al italiano con el título de *Amore al buio* por Luigi Motta.

La mala sombra, sainete con música del maestro José Serrano (2.ª edición.)

El genio alegre, comedia en tres actos. (2.ª edición.) Traducida al italiano con el título de *Anima allegra* por Juan Fabré y Oliver y Luigi Motta.

El niño prodigio, comedia en dos actos.

Nanita, nana... entremés con música del maestro José Serrano.

La zancadilla, entremés.

La bella Lucerito, entremés con música del maestro Saco del Valle.

La patria chica, zarzuela en un acto. Música del maestro Chapí. (2.ª edición.)

La vida que vuelve, comedia en dos actos.

A la luz de la luna, paso de comedia. Traducido al italiano con el título de *Chiaro di luna* por Luigi Motta.

La escondida senda, comedia en dos actos.

El agua milagrosa, paso de comedia.

Las buñoleras, entremés.

Las de Caín, comedía en tres actos.

Las mil maravillas, zarzuela cómica en cuatro actos y un prólogo. Música del maestro Chapí.

Sangre gorda, entremés.

Amores y amoríos, comedia en cuatro actos.

El patinillo, sainete con música del maestro Gerónimo Giménez.

Doña Clarines, comedia en dos actos. Traducida al italiano con el título de *Siora Chiareta* por Giulio de Frenzi.

El centenario, comedia en tres actos.

La muela del Rey Farfán, zarzuela infantil, cómico-fantástica. Música del maestro Amadeo Vives.

Herida de muerte, paso de comedia.

El último capítulo, paso de comedia.

La rima eterna, comedia en dos actos, inspirada en una rima de Bécquer.

La flor de la vida, poema dramático en tres actos.

Solico en el mundo, entremés.

Rosa y Rosita, entremés.

Pompas y honores, capricho literario en verso por *El diablo cojuelo.*

La madrecita, novela publicada en *El cuento semanal.*

3 0112 115873561